

Metamorfosis / MARIA TERESA ZUÑIGA NORERO

REPARTO

Don Arsemio	68 años	Carlos Quispe Ramos
Mayordomo	72 años	Jorge L. Miranda Zúñiga
Absalón	42 años	Marco A. Miranda Zúñiga
Lupita	49 años	Ana Córdova Schaefer
Inés	49 años	Karen Quiroga Dávila
Abogado	35 años	Franz Púñez Vallejo
Doctora	30 años	Lucía I. Ciuffardi Falconí
Doncella	25 años	Claudia Pastor Roca

Metamorfosis fue escenificada por el Elenco de Teatro del Colegio particular «Virgen del Pilar», bajo la dirección de Jorge Miranda Silva y dentro del XXII Festival Escolar de Teatro Túpac Amaru 1998, habiendo sido seleccionada para representar a la región del centro. El estreno se efectuó en el mes de setiembre de 1998, en el teatrín del Colegio Andino.

Posteriormente, se representó en el Festival Nacional -VI versión en la categoría nacional-, en el Teatro Sebastián Salazar Bondy de Lima el 4 de noviembre de 1998, donde ganó el primer puesto, entre 14 elencos. El jurado estuvo integrado por Luis Paredes, Sara Jofré y Santiago Soberón



ACTO I

CUADRO I

MUSICA DE FONDO. AL ABRIRSE EL TELON, APARECE UNA HABITACION MUY BIEN AMOBLADA AL ESTILO DE LOS AÑOS '50. A LA IZQUIERDA, EN PRIMER PLANO, PUERTA HACIA LA CALLE. EN EL SEGUNDO PLANO A LA HABITACIONES; A LA DERECHA PRIMER PLANO PUERTA TAMBIEN HACIA LAS HABITACIONES, SEGUNDO PLANO A LA COCINA Y TERCER PLANO A LA PUERTA DE SERVICIO. INGRESA DON ARSEMIO SOBRE UNA SILLA DE RUEDAS QUE ESTA PROBANDO, SE ACERCA A UNA DE LAS MESAS QUE SE ENCUENTRA EN EL LATERAL DERECHO Y EN EL PRIMER PLANO. COGE UN PAPEL QUE DESPUES DE LEERLO LO FIRMA Y LO INTRODUCE EN UN SOBRE DE CARTA. LUEGO SE DIRIGE AL CENTRO DEL ESCENARIO, MEDITA Y SE QUEDA DORMIDO. INGRESA EL MAYORDOMO, LLEVANDO SOBRE UN AZAFATE UNA TAZA DE TE. DESPIERTA A DON ARSEMIO Y ESTE LE RECIBE LA TAZA Y TOMA. LA MUSICA DE FONDO DESAPARECE.

DON ARSEMIO: Lo he decidido y así debe ser.

MAYORDOMO: No me parece que sea lo más conveniente.

DON ARSEMIO: Aquí tú opinión no interesa (PAUSA). Lo siento, no fue muy cortés de mi parte decirte eso. Pero es una decisión y ni tú, ni nadie me hará cambiar de parecer.

MAYORDOMO: En todo caso es una orden.

DON ARSEMIO: Sí, es así, por decirlo de alguna manera.

MAYORDOMO: Entonces, se hará todo como Ud. diga.

DON ARSEMIO: Esta es la carta, envíala hoy mismo.

MAYORDOMO: Y las otras.

DON ARSEMIO: Las envías mañana. Me interesa que ésta llegue primero.

MAYORDOMO: ¿Y después qué pasará?

DON ARSEMIO: Todo caerá por su propio peso.

MUSICA DE FONDO. DON ARSEMIO Y EL MAYORDOMO REALIZAN EL CAMBIO DE PRENDAS Y POR CONSIGUIENTE DE RO-

LES. LUEGO, EL MAYORDOMO ASUME LA IDENTIDAD DE DON ARSEMIO, SENTAN-DOSE SOBRE LA SILLA DE RUEDAS. LA MUSICA SE EXTINGUE.

MAYORDOMO: ¿Y si es Ud. el único que cae?
DON ARSEMIO: Espero que estés tú, para levantarme.

MAYORDOMO: Todo me parece una locura.

DON ARSEMIO: Espero no tener que recordarte una vez más quién manda aquí.

MAYORDOMO: Lo siento.

DON ARSEMIO: Toda mi vida estuvo marcada por las reglas, hoy doy yo las reglas.

MAYORDOMO: Jamás vi jugar a alguien con todas las reglas en su contra.

DON ARSEMIO: No es verdad. El hombre es suicida por naturaleza y esa carta es mi mejor movida, el resto sólo es suerte.

MAYORDOMO: Como Ud. diga.

DON ARSEMIO: ¿Fuiste a la funeraria?

MAYORDOMO: Sí, señor, todo está arreglado. Aunque no veo la necesidad.

DON ARSEMIO: Nada está dicho todavía y es mejor que todo esté en su lugar.

MAYORDOMO: ¿Y si ellos no llegan?

DON ARSEMIO: Mi suerte estará echada.

(APAGON).

CUADRO II

LUZ CENITAL DIRIGIDA A ABSALON.

ABSALON: (QUE TERMINA DE LEER UNA CARTA) «...es por ello que requiero de tu presencia. Sin otro deseo que el de verte, se despiden tu tío Arsemio del Castillo». Vaya, vaya, que carta tan extraña. Si no me equivoco este es el tío cuarto por línea directa de mi padre. Que quiere verme. Y para ello debo viajar 18 horas en tren. ¿Valdrá la pena desempolvar los baúles familiares y reencontrarme nuevamente con mi pasado?. No, no vale la pena. Asuntos más importantes me esperan. ¡Vaya cartita! (ARROJA LA CARTA. APAGON)

CUADRO III

ESCENA I

APARECE DON ARSEMIO QUE HA ASUMIDO EL ROL DE MAYORDOMO, SIMULANDO ARREGLAR Y LIMPIAR LOS MUEBLES DE LA SALA, A MANERA DE ENSA-

YO. TOCAN LA PUERTA, DUDA EN SALIR A ABRIR. TOCAN POR SEGUNDA VEZ. SE REPONE Y SALE. INGRESA LUPITA, QUIEN DEJA CAER SOBRE EL MAYORDOMO SU EQUIPAJE Y ABRIGO.

LUPITA: Sabía de este frío infernal, pero no sabía que este frío calara los huesos.

DON ARSEMIO: Así es esta ciudad, señorita.

LUPITA: Pues no me gusta. Otra cosa que no me gusta es que me digan señorita cuando por mis cuatro costados demuestro que soy una señora y muy bien casada

DON ARSEMIO: (APARTE) ¡Ah!, no es Ud. la solterona.

LUPITA: ¡Decía!

DON ARSEMIO: Decía que Ud. pregona lo que otras quisieran olvidar.

LUPITA: (SE SIENTA) Pues eso no va conmigo, soy casada. (APARTE). Lo malo es que yo sola lo recuerde, porque el sinvergüenza de mi marido enterró nuestra acta matrimonial en el mismísimo Antártico.

DON ARSEMIO: Decía, señora

LUPITA: Nada. Bien ya estoy aquí. Por lo visto, soy la primera, salí ni bien terminé de leer la carta. ¿Dónde está mi tío?

DON ARSEMIO: Salió al hospital, pero no tarda en llegar.

LUPITA: ¿Tan mal está?

DON ARSEMIO: (APARTE) Eso es lo que tu quisieras.

LUPITA: ¿Cómo dice?

DON ARSEMIO: Que ¿no quisiera Ud. servirse el té?

LUPITA: No, el té envejece.

DON ARSEMIO: Si Ud. lo dice (TOCAN LA PUERTA). Si me permite...

LUPITA: Pase, pase... (RECOGE EL EQUIPAJE QUE DON ARSEMIO HA DEJADO TIRADOR POR LA HABITACION) ¡Dios qué descuido!

ESCENA II

INGRESA INES, ATAVIADA PULCRAMENTE, Y DON ARSEMIO, AUN DE MAYORDOMO, CARGANDO EL EQUIPAJE.

INES: Gracias.

LUPITA: (CON CURIOSIDAD) ¡Buen día!

INES: ¿Qué tiene de bueno?

DON ARSEMIO: ¡Otra!

INES ¿Decía?

DON ARSEMIO: Que otro día será mejor.

INES: Bueno, no dispongo de mucho tiempo. Anúnciele a mi tío que su sobrina Inés de la Corte Uceda está aquí.

DON ARSEMIO: No puedo, señora.

INES: Señorita, por favor.

LUPITA: ¿Tú eres la prima Inés? El tiempo ha sido implacable contigo. Soy Lupita Uceda de Carrasco.

INES: (ESQUIVANDO EL ABRAZO) ¿Así que te casaste?

LUPITA: Sí, y quién diría que tenemos la misma edad.

INES: ¿Y quién diría que tú la más destarrajada iba a casarse?

DON ARSEMIO: ¡Bendita familia!

INES: ¿Me decía que no podía anunciarme?

DON ARSEMIO: Le ruego que tome asiento, el señor aún no ha vuelto.

LUPITA: Está en el hospital. Parece que es grave.

INES: Bueno, si es así, me trae un té por favor.

DON ARSEMIO: (MIRANDO A LUPITA) ¿Té?

LUPITA: Ahora entiende porque está tan descalabrada.

INES: ¿Y el té?

DON ARSEMIO: Enseguida (SALE).

LUPITA: (CAMINANDO POR LA HABITACION). Esta casa revela gran cuidado y sobre todo riqueza. ¿Sabes para qué estamos aquí?

INES: No.

LUPITA: La verdad es que no recuerdo quien es el tío Arsemio (SE OBSERVA ESPIAR AL MAYORDOMO).

INES: A mí los años me estropearon la cara y a tí el cerebro.

LUPITA: No te permito.

INES: (REPENTINAMENTE SACO UN ROSARIO, SE SANTIGUA, SE ARRODILLA Y REZA).

LUPITA: ¡Dios! ¿sucede algo?

(PAUSA. INES CONTINUA REZANDO).

INES: ¡Estamos en Cuaresma! ¡Ignorante!

LUPITA: (QUE SE SANTIGUA MECANICAMENTE) ¡Sí, Santa Inés!

DON ARSEMIO: (INGRESANDO) Su té.

LUPITA: Lo siento por ella.

INES: Le dije sin azúcar, el azúcar envejece. (EL MAYORDOMO Y LUPITA SE RIEN).

DON ARSEMIO: Lo siento.

INES: (QUE NUEVAMENTE SE ARRODILLA) ¡Bendito sea el cielo!

DON ARSEMIO: ¿Le sucede algo?

LUPITA: Nada, que estamos en Cuaresma.

INES: Ignorante, es la hora de gracia.(TOCAN LA PUERTA).

LUPITA: Debe ser el tío.

DON ARSEMIO: Lo dudo,el señor tiene llave.

INES: ¿Qué, o sea que aún camina?... Digo qué bueno que no esté muy grave.

DON ARSEMIO: (APARTE) Esta es una arpía. (TOCAN LA PUERTA). Si me permiten las señoras...

INES: ¡Señorita! (LUPITA RIE).

DON ARSEMIO: (DESDE FUERA) No lo esperábamos, señor.

ESCENA III

ABSALON: (INGRESANDO CON DON ARSEMIO) El mundo da vueltas, no lo olvide.

DON ARSEMIO: Lo digo porque recibimos su telegrama y...

ABSALON: ¿Recibimos? ¡Vaya, vaya! ¡Comparte el tío su correspondencia con la servidumbre!

DON ARSEMIO: No quise decir eso, señor.

ABSALON: Ya lo dije antes, el mundo da vueltas... (MIRANDO A LAS DOS MUJERES) y tantas vueltas produce mareos. ¿Estoy viendo visiones? Pero si son mis dos arrugadísimas primas.

LUPITA: Una más que otra, no lo olvides.

ABSALON: (BESANDO EN LA CARA A LUPITA) ¡La ciencia hace milagros, no lo olvides! (BESANDO LA MANO DE INES) ¡Hay casos imposibles, por supuesto!

INES: ¡Detesto el día en que nuestras sangres se cruzaron!

DON ARSEMIO: He de anunciarle caballero que su tío no se encuentra, pero que no tardará en llegar. Me permite... (LE RECIBE EL ABRIGO Y LO COLOCA SOBRE LA SILLA).

ABSALON: Bueno, si es así...

DON ARSEMIO: ¿Le sirvo el té?

ABSALON: Sí, y con mucha azúcar

LUPITA: ¡Increíble!

INES: ¡Jesús! (SE ARRODILLA).

ABSALON: ¿Qué pasa?

DON ARSEMIO: Es su rezo de gracia, señor, lo hace cada cinco minutos. (SALE)

INES: ¡Atrevido! ¡Es la Cuaresma!

LUPITA: ¡Son los pecados!

ABSALON: Dos primas y las dos del siglo pasado. ¡Creyendo en tonterías! El hombre ya va a llegar a la luna y ustedes se detienen en la Santa

Inquisición!

LUPITA: Siempre soñé ir a la luna, debe ser muy romántico.

INES: Ambos no saben lo que quieren...

ABSALON: Hablando de eso, ¿Saben lo que quiere el tío al llamarnos tan repentinamente?.

INES. Sé que está enfermo.

LUPITA: Y muy enfermo. Y, por lo que se ve en esta casa, parece que el tío se está muriendo en un lecho de riquezas...

INES: ¡Ambiciosa!

LUPITA: ¡Basta! Que detrás de todos esos rezos y rosarios hay una vieja muerta de ambición, quien sabe si esos rezos sean para que el tío se muera de una buena vez.

INES: ¡Jesús! (SE ARRODILLA).

ABSALON: Siempre supe que el tío tenía mucho dinero y que nunca se casó, tenía un hermano mayor, pero este desapareció hace mucho tiempo y ahora debe estar muerto. Lo que significa que somos sus únicos herederos.

INES: (DEJANDO DE REZAR)¿ Y cuánto crees que nos dé a cada uno.

ABSALON: ¡Se te acabaron los rezos, primita! La verdad no sé para qué pueda necesitar tanto dinero una solterona y encima fea.

INES: ¡Atrevido! (LUPITA RIE).

ABSALON: Y a tí de nada te serviría tanto dinero. Que además de fea eres tonta, no faltaría un aventurero que se llevara todo por un par de besos.

DON ARSEMIO: (INGRESANDO CON EL TE)¡Así se habla, señor!

ABSALON: ¿Cómo dice? Demasiadas atribuciones, viejito. Por lo visto, el tío está muy anciano y ya no se dá cuenta de las libertades que te das. Pero muy pronto las cosas cambiarán.

DON ARSEMIO: Su té, señor.

ABSALON: Viniendo de tí, prefiero no tomarlo.

DON ARSEMIO: Como Ud. quiera señor (SALE LLEVANDO LA TAZA DE TE).

LUPITA: Ese tipo no me gusta, desde que llegué se ha comportado de un modo muy extraño. ¿Y si todo esto es una trampa?

INES: ¿Qué quieres decir?

LUPITA: Eso, que el tal tío no exista, porque la verdad yo no lo recuerdo. Además, si leyeron los periódicos de las últimas semanas, estarán de acuerdo conmigo que esto es muy extraño.

ABSALON: ¡Un momento! ¿qué decían los periódicos de las últimas semanas?

LUPITA: ¡Vaya, primito, no eras tú el más letrado de todos!

INES: ¡Habla, que no estamos para indirectas!
LUPITA: Las páginas sociales anuncian que las mejores familias de este país están desapareciendo. Y a no dudar, se trata de secuestrados masivos y éste es uno de ellos (GRITANDO); ¡Nos han secuestrado!

INES: ¡Santa Ana, patrona de los desvalidos, protégenos en estos momentos de dolor!(EL MAYORDOMO QUE HA INGRESADO SIN QUE NADIE SE DE CUENTA LA TOMA POR EL HOMBRO).

ABSALON: (DESPUES DE LOS GRITOS DE AMBAS) ¡Basta, basta!

LUPITA: ¡Secuestrarnos no va a ser fácil, señor, somos una familia con muchos prestigio...!

DON ARSEMIO: ¿Cómo dice?

ABSALON: Todo esto es una terrible confusión. Los periódicos o mejor dicho la página social de las últimas semanas anuncia que ya no se encuentran buenas familias, de buenas costumbres, que están desapareciendo los valores y no que las están secuestrando. A tí te secuestraron el cerebro el día que naciste.

INES: (A PROPOSITO) Debemos ser piadosos con las criaturas del señor, sobre todo si son defectuosas.

LUPITA: (DIRIGIENDOSE A INES) ¡Te voy a desgraciar ángel satánico con patas de cuervo!.

DON ARSEMIO: ¡No les permito que... este, por orden de mi señor, don Arsemio que...

ABSALON: Discúlpelas, están nerviosas y cansadas.

DON ARSEMIO: Si gustan pueden... (TOCAN LA PUERTA).

LAS DOS: ¡Es el tío, es el tío!

DON ARSEMIO: Repito que el señor tiene llave.

ABSALON: ¡Entonces, vaya y abra!

DON ARSEMIO: Con su permiso (SALE) ¡Adelante, doctor!

LUPITA: Es el médico, seguro, y trae el certificado de defunción.

ABSALON: (COGIENDO DEL BRAZO A INES) ¡Disimulen!

ESCENA IV

ABOGADO: (INGRESANDO CON DON ARSEMIO) ¡Buenas tardes! Caballero, señoras...

INES: ¡Señorita, por favor!

ABOGADO: Lo siento.

ABSALON: Soy Absalón del Castillo, sobrino en primer grado de mi queridísimo tío. Y me siento

en la obligación de preguntar sobre su salud.

LUPITA.(FINGIENDO EXAGERADAMENTE) Díganos la verdad, doctor, sabremos soportarla con dignidad.

INES: ¡Qué sea la voluntad del señor!

ABOGADO: La verdad... no entiendo...

DON ARSEMIO: Creo que hay una confusión. El doctor es Andrés de la Barca, abogado del señor Arsemio, su tío.

LOS TRES: ¿Abogado?

ABOGADO: Ya entiendo, ustedes deben ser los sobrinos de don Arsemio, pues es un gusto conocerlos (SE SIENTA) Si me permiten, pasaré a mostrarles la última voluntad de su tío...

LOS TRES: ¡Se murió!

DON ARSEMIO:(APARTE) ¡Vaya trío!

LOS TRES ¿Qué dijo?

DON ARSEMIO: Que me retiro, que los dejo con el doctor... (DON ARSEMIO SE COLOCA FRENTE AL PUBLICO Y HABLA APARTE, MIENTRAS EL RESTO DE LA ESCENA QUEDA A OSCURAS). ¡Vaya, vaya, sorpresas que da la vida! Tres herederos y ninguno merece nada. Son tan imperfectos como la propia justicia. Pero esto ya no puede detenerse (SALE DE ESCENA DON ARSEMIO. MUSICA DE FONDO. EL ABOGADO CON MIMOS VA EXPLICANDO EL CONTENIDO DEL SUPUESTO TESTAMENTO, MIENTRAS LOS SOBRINOS VAN REACCIONANDO INDISTINTAMENTE POR EL CONTENIDO DEL MISMO. DEMOSTRANDO EN TODO MOMENTO MUCHA AMBICION. LA MUSICA SE EXTINGUE).

ABOGADO: Eso es todo en cuanto a las propiedades. (TOCAN LA PUERTA). DON ARSEMIO INGRESA POR EL LADO LATERAL DERECHO)

LUPITA: ¡Están llamando a la puerta! ¿Está Ud. sordo?

DON ARSEMIO: Disculpe, voy en seguida. (SALE).

ABOGADO: Bueno, eso es todo en cuanto a las propiedades.

INES. No me parece justo que la que tenga más hijos reciba más.

LUPITA: Lo siento por ti querida.

ABSALON: (A LUPITA) Aún no cantes victoria, tengo más hijos que marinero descarriado. (INGRESA LA DOCTORA)

ESCENA V

LUPITA: Serán hijos no reconocidos.

ABSALON. El testamento no dice nada de eso.

DOCTORA: (QUE HA ESTADO EN SILENCIO OBSERVANDO) Disculpen... buenas tardes. Soy la doctora Loyola y vengo del hospital. Sólo quería informarles que el Sr. Artemio del Castillo requiere de algunos exámenes y por lo tanto pasará la noche en el hospital, hasta mañana al mediodía.

ABSALON: ¡Eso no es posible!

LUPITA: ¡Dios, qué jaqueca!

DON ARSEMIO: Si desea descansar, las habitaciones están listas.

LUPITA. Sí, creo que será lo mejor. Ha sido un día agotador. ¿Si me disculpan? (DON ARSEMIO SALE DETRAS).

ABOGADO: Bueno, yo debo retirarme.

ABSALON: Su informe es impresionante, doctor, lo felicito.

ABOGADO: Estoy para servirlos, señor.

INES: Debí casarme, aunque sea con el carnicero de la esquina (MIRANDO HACIA ARRIBA) ¡Me debes una señor, me debes una!

ABOGADO: Debo irme. Con su permiso, ha sido un placer (SALE).

DOCTORA: Lo mismo digo, debo retirarme...

ABSALON: Aún no, señorita, por favor. No nos ha dicho todavía cómo está nuestro tío?.

DOCTORA: Bueno, el cuadro no es muy alentador... (SE SIENTA)

INES: Nunca fue fotogénico...

ABSALON: Se refiere al diagnóstico. (CONFIDENCIAL) ¡Estúpida!

DOCTORA: Tiene comprometido casi todos los órganos...

INES: O sea que le queda poco tiempo.

DOCTORA: Sólo un milagro.

INES: ¡Ya no existen!

ABSALON: ¡Vaya beatita! ¿perdiste la fe primita?

DOCTORA. ¡La edad no lo ayuda!

ABSALON: Bueno, eso es todo, puede retirarse. Aunque no veo la necesidad de seguir haciendo más exámenes.

DOCTORA: Todo lo paga el Seguro señor...

ABSALON: Bueno, eso quiere decir que los bienes estarán intactos.

DOCTORA: (SORPRENDIDA, MIRANDO A DON ARSEMIO QUE HA ESTADO TODO EL TIEMPO EN EL UMBRAL DE LA PUERTA).

DON ARSEMIO: La acompaño, doctora (INES

Y ABSALON SE INCOMODAN)

INES: (A DON ARSEMIO QUE YA REGRESO DE LA PUERTA) Indíqueme mi habitación, por favor.

DON ARSEMIO: Sí, señorita. (SALEN)

ABSALON: (SOLO) Es un mayordomo muy fisgón, sólo espero que sea sordo, debo actuar con mucho cuidado, esa herencia debe ser sólo mía. Mañana le mostraré mis proyectos al tío y es seguro que yo seré el beneficiado. Bueno a dormir, que tengan lindos sueños, primitas (SALE, POR EL LADO LATERAL IZQUIERDO. AL FONDO LATERAL DERECHO, SE OBSERVA A DON ARSEMIO QUE HA ESTADO ESCUCHANDO TODO EL TIEMPO).

CUADRO IV

ESCENA I

MAYORDOMO: (INGRESA SOBRE UNA SILLA DE RUEDAS) Espero que esté satisfecho, señor.

DON ARSEMIO: Es un deseo o te estás burlando de mí.

MAYORDOMO: Ni una ni otra.

DON ARSEMIO: Ha sido un día difícil (SE SIENTA).

MAYORDOMO: (LEVANTANDOSE DE LA SILLA Y ACOMODANDOLA) Ud. no está para estas cosas.

DON ARSEMIO: ¡Qué lindos sobrinos tengo, verdad?

MAYORDOMO: Sé por mi padre que jamás debemos esperar mucho de la familia. Es como avanzar sobre el mar y tratar de llegar al infinito. Ese infinito es la familia.

DON ARSEMIO: Siempre tanta nostalgia, mi querido Gregorio.

MAYORDOMO: Ya había olvidado mi nombre, señor. Estoy viejo y he visto tantas cosas; he visto crecer la espina sobre la rosa, he visto sangrar la rosa hasta morir en el más puro silencio.

DON ARSEMIO: ¿A qué viene eso, ahora?

MAYORDOMO: No se aflija, señor, por lo que ha visto hoy. Ha entrado la espina a su casa y Ud. no sabe qué hacer con ella.

DON ARSEMIO: Es cierto, no sé que hacer...

MAYORDOMO: Ellos no le reconocieron, señor.

DON ARSEMIO: Han pasado muchos años, y las personas cambiamos...

MAYORDOMO: Pero el afecto nunca cambia, señor. El afecto crece. Se hace fuerte, imborra-

ble, el afecto es la fuente de la sobrevivencia y Ud. necesita tanto de ese afecto para sobrevivir...

DON ARSEMIO: No me digas lo que necesito...

MAYORDOMO: (CAMBIANDO DE ACTITUD) Afecto es lo que Ud. necesita, y no se sienta mal por ello. Todos lo necesitamos. Pero ellos sólo quieren ver su sangre regada sobre la alfombra para llevarse todo lo que sus manos construyeron durante tantos años. Aunque en realidad no es mucho lo que le queda.

DON ARSEMIO: Cada quien recibe lo que merece. Desde que perdí a mi hermano y a mi padre, sólo he merecido la soledad, pero después de tantos años pensé que uno de ellos merecía mi compañía.

MAYORDOMO: Sé que todos estos años ha estado Ud. muy sólo, descontando por supuesto mi compañía, que sólo debe significar para Ud. parte del decorado de su vida y de su vida...

DON ARSEMIO: Lo siento, he vuelto a ser injusto (ESTA POR LEVANTARSE CUANDO INGRESA LA DONCELLA. DON ARSEMIO TOMA LA POSICION DE MAYORDOMO Y EL MAYORDOMO SE SIENTA EN LA SILLA DE RUEDAS COMO DUEÑO).

ESCENA II

DONCELLA: Disculpe el señor...

DON ARSEMIO: ¡Vaya que susto, pensé que era uno de mis sobrinos!

DONCELLA: Ellos están durmiendo señor, se lo puedo asegurar (OBSERVANDO A DON ARSEMIO) Le queda muy bien el traje de mayordomo, señor...

MAYORDOMO: (LLAMANDOLE LA ATENCION) ¡Esther, por favor...

DONCELLA: Lo siento, no pude evitarlo...

DON ARSEMIO: Está bien, está bien, los tres estamos en esto, no debemos ponernos nerviosos. Mañana será el día decisivo...

MAYORDOMO: ¿Mañana?

DON ARSEMIO: Sí, continuaremos con esto.

DONCELLA: Ninguno merece la herencia, Ud. mismo los escuchó...

DON ARSEMIO: Mañana al verme, quizá sea diferente... o mejor dicho, al verte.

MAYORDOMO: Esto es una farsa.

DONCELLA: A mí me parece divertido.

MAYORDOMO: Es como una crucifixión. Como donar sangre a un paciente que ya está muerto.

DON ARSEMIO: Aún no ha terminado...

MAYORDOMO: ¿No estás sufriendo ya, como para querer aún esperar el final... y aún sabiendo que esa herencia no existe? Lo siento, disculpe mi malcriadez... jamás lo volveré a tutear, señor...

DON ARSEMIO: Vamos a descansar, estamos muy nerviosos. Mañana será un día arduo para todos. Todo sigue igual, no lo olviden.

DONCELLA: No se preocupe, hasta mañana (SALE).

DON ARSEMIO: ¿Te quedas aún?

MAYORDOMO: Sí, esta silla le crea a uno fantasmas y quiero conocerlos antes de que me tomen por sorpresa.

DON ARSEMIO: Esta chaqueta me asfixia. ¡Quién iba a decirlo! Mayordomo en mi propia casa! Pero, sé que valdrá la pena. Buenas noches, Gregorio, y gracias por todo (SALE).

MAYORDOMO: Buenas noches, señor (PAUSA). Gregorio. Es como escuchar campanas a cinco centímetros de distancia. Creo que ha llegado el momento en que esas campanas dejen de sonar y no me taladren hasta las entrañas. (AVANZA CON LA SILLA DE RUEDAS) Siento que siempre estuve así, inválido. Atado a mil campanas que jamás me dejaron avanzar. (SE PONE DE PIE) He de aprender a caminar nuevamente. El destino tiene unos extraños compartimientos, estoy en uno de ellos y para salir sólo tengo que abrir la puerta. ¡Sólo eso! (RECORDANDO) Pero mañana, tendré que sentarme en esa silla, sólo espero que al final Arsemio sepa mantenerse en pie.

¡Con semejante familia, el infierno ha entrado a esta casa y nosotros lo hemos llamado!

OSCURO. PAUSA

ACTO II

ESCENA I

MUSICA DE FONDO. AL INICIARSE LA ESCENA, SE VE LA MISMA SALA ILUMINADA COMO EN LA MAÑANA. INES ESTA ARRODILLADA EN QUIETUD, LUPITA MIRANDO HACIA UNA VENTANA, VESTIDA MUY COQUETAMENTE, MIENTRAS LA DONCELLA LIMPIA LA HABITACION, OBSERVANDO A LAS MUJERES

LUPITA: ¡Es insoportable vivir en esta ciudad!

DONCELLA: Por qué dice eso la señora?

LUPITA: No hay nada atractivo que ver.

DONCELLA: Desde aquí no podrá apreciar nada. Pero si Ud. sale es...

LUPITA: ¿Salir? Con semejante frío, ni pensarlo. (INGRESA EL MAYORDOMO EN SILLA DE RUEDAS)

ESCENA II

MAYORDOMO: Siempre es bueno conocer la naturaleza en su más fiera crudeza.

DONCELLA: ¡Señor!

LUPITA: ¿Qué?

INES: (QUE SE HA PUESTO DE PIE) ¡Jesús!

DONCELLA: No debió levantarse tan temprano

MAYORDOMO: A mi edad las horas no existen. Se convierten en un largo corredor en el que uno decide a que hora transitar o a que hora descansar.

LUPITA: (EXAGERADAMENTE) ¡Tío querido!

INES: He rogado tanto por Ud. que el señor me ha escuchado.

DONCELLA: ¡Dios, que devergüenza!

INES: ¿Cómo dijo?

MAYORDOMO: (CORTANDO) ¡Ah, mi querida sobrina, que mal aprecias la vida! No sabes tú todo lo que se puede conocer desde una ventana. En el invierno abrigas esperanzas, en el verano das rienda suelta a tu corazón, en otoño repasas los años vividos y recoges las hojas secas de la sin razón y en primavera tu sangre recorre tu cuerpo con tal velocidad que las flores inundan de sol tu existencia.

INES: ¡Cuánta verdad! ¡Cuánta poesía!

LUPITA: ¡Cuántas...! ¡cuántas canas, tío!, han pasado muchos años.

INGRESA ABSALON, CONVERSANDO CON EL ABOGADO.

ESCENA III

ABSALON: ¡Cuánta ciencia, cuánta ciencia!

ABOGADO: ¡Es asombroso todo lo que Ud. dice!

ABSALON: Imagínese toda la fortuna del tío directo a la luna. Toda la fortuna del tío al servicio de la ciencia. ¡Ese es mi más grande proyecto! Mi mejor ambición. ¡Llegar a la luna! Ya lo decía Julio Verne...

MAYORDOMO: El hombre irá más allá de su imaginación.

ABSALON: ¡Cierto! (OBSERVANDO EN SILENCIO).

DON ARSEMIO: (INGRESANDO POR EL LATERAL DERECHO) ¡Señor, es muy grato tenerlo en casa! (SE DIRIGE AL BAR A PRE-

PARAR UNAS COPAS).

ABOGADO: Don Arsemio, todo está en perfectas condiciones, la última inversión que hizo fue formidable, sólo tiene que firmar los papeles de la autorización.

MAYORDOMO: Y todo, gracias a Ud. No me das un abrazo Absalón. Los años han pasado, pero no tanto como para no reconocermé.

ABSALON: ¡Tío, estoy mudo de la impresión! Me dijeron que Ud. estaba para un tingote, pero por lo que veo tiene cuerda para rato. (LO ABRAZA).

INES: ¡Hipócrita!

LUPITA: ¡Cómo tú!

DON ARSEMIO: Preparé algo para la celebración. (TRAE UN AZAFATE CON COPAS).

ABSALON: Me parece perfecto. Acompañémos doctor, que por lo que dice mi tío Ud. hace crecer la fortuna, como el hombre a la ciencia. ¡Salud! (INGRESA LA DOCTORA).

DOCTORA: ¡Un momento! Demasiadas emociones para un sólo día. Ud. se toma lo que Adriana le preparó.

DONCELLA: Una jugosa copita de manzanilla.

MAYORDOMO: Ya es algo, pensé que me darían una copa de suero (TODOS RIEN). Por favor, tomen asiento. Veamos, te quedaste a vestir santos, Inés. Tu padre se hubiese puesto muy furioso, siempre admiró la fertilidad en las mujeres.

INES: La fertilidad no sólo está en el vientre.

ABSALON: Una respuesta inteligente.

MAYORDOMO: Es verdad, y tú Lupita, ¡trajinaste como las mariposas!

LUPITA: Sí, tío.

ABSALON: O, tal vez, como las polillas (RIE).

ABOGADO: (DISIMULANDO) Las mujeres que nacieron por estas tierras conservan muy bien las alas... digo (ABSALON RIE). Quiere decir que...

DOCTORA: Me permite... (LE TOMA EL PULSO A DON ARSEMIO) Vamos bien.

MAYORDOMO: Lo mejor de llegar a esta edad, es compartirlo al lado de una mujer y si es tu doctora mucho mejor (TOCAN LA PUERTA) Fija-te.

DON ARSEMIO: Sí, señor.

MAYORDOMO: Decías Absalón que piensas llegar a la luna...

DON ARSEMIO: Lo siento señor, pero...

MAYORDOMO: Hable hombre ¿Qué sucede?

DON ARSEMIO: Es que... son de la funeraria, señor.

DONCELLA: (CON UN GRITO TRAGICO)

¡Oh, nooo!

ABOGADO: ¡Pero, es inconcebible!

DOCTORA: (A DON ARSEMIO) Le dije que el señor no debería recibir impresiones fuertes.

INES: (AL MAYORDOMO) ¡Bruto!

ABOGADO: Yo me ocuparé del asunto, seguro que se trata de una equivocación.

MAYORDOMO: ¡Un momento! No hay ninguna equivocación.

TODOS ¡Cómo!

MAYORDOMO: Son de la funeraria y están aquí, porque yo los he llamado. He decidido escoger yo mismo el féretro. Creo que es justo. Siempre decidí sobre todo en mi vida, no iba a dejar esto de lado.

ABSALON: Me parece algo digno de tí.

LUPITA. ¡Sí, bravo! (APLAUDE, QUEDANDO EN RIDICULO) Lo siento.

DON ARSEMIO. Solo preguntan si los quiere de mármol los esquineros o de metal...

MAYORDOMO: De metal.

INES: ¡No, el metal conduce al infierno.

MAYORDOMO: Pues allá nos veremos sobrina (DON ARSEMIO SALE) ¿Decías que llegar a la luna es tu mayor ambición?

ABSALON: (HACIENDO GALA DE SU SABIDURIA) Sí, tío. Sabías tú que son muy pocos los hombres que se han atrevido a hacer cosas fuera de la cordura.

MAYORDOMO: Sí, lo sé.

ABSALON: Pues bien, he decidido llegar a la luna (SACA SUS PLANOS) Si me escuchas con atención podrás entender. La luna es un satélite, carente de vida y de color, conquistada por un hombre sencillo en su genial inteligencia, convirtiéndose en el héroe de toda la humanidad y en el logro científico más grande de la historia.

MAYORDOMO: ¿Y que harás cuando llegues? ¿Sembrarás vida y pintarás la luna de colores y tendrás hijos lunáticos? (MIRANDO A INES) ¡Más en la familia, no, por favor!.

ABSALON: Es el más grande proyecto, tu fortuna beneficiará la más hermosa aventura.

MAYORDOMO: ¿Me estás proponiendo un negocio sobrino? (TOCAN LA PUERTA)

ABSALON: Pues...

INES: ¡Traidor!

LUPITA: La luna sólo sirve para irse de luna de miel.

DON ARSEMIO: (EXHALTADO) Señor, son los del embargo financiero.

MAYORDOMO: ¡Vaya momento!

ABOGADO: ¡Nos dieron un mes más, esto es un

atropello! (SALE A VER).

DOCTORA: Voy por sus cápsulas. Y le dije, nada de emociones fuertes.

DON ARSEMIO: El que va a necesitar esas cápsulas soy yo.

ABSALON: Pero ¿qué sucede?

DONCELLA: ¡Se acabaron los días de gloria!

LUPITA: ¿Quién es gloria? (SE PARA).

INES: ¡Calla idiota!

MAYORDOMO: Lo siento Absalón, pero no puedo hacer negocios contigo.

INES: Pero si no se trata de un negocio.

MAYORDOMO: ¿Entonces, qué es? (DON ARSEMIO SE COLOCA DETRAS DEL MAYORDOMO)

ABSALON: Pues bien. Vayamos al punto. Hemos venido de muy lejos, dejando muchas cosas. Nos llamaste con urgencia. Y hasta ahora no nos has dicho nada.

MAYORDOMO: Pues me extraña porque hasta ahora nos hemos dicho mucho.

LUPITA: ¿Nos hiciste venir sólo para hablar?

INES: ¡Eso no me parece muy cortés!

MAYORDOMO: Bueno, a mi tampoco me parece muy cortés la actitud de ustedes. Estoy enfermo, lo saben, y pensé que después de tantos años de no vernos valdría la pena conversar un poco y...

ESCENA IV

INGRESA EL ABOGADO DESANIMADO.

DOCTORA: No se reciben malas noticias...

DON ARSEMIO: ¡Esto es inevitable!

ABOGADO: Lo siento, nada podemos hacer. Procederán con el embargo.

ABSALON: ¿Embargo?

ABOGADO: Lo que pasa es que...

MAYORDOMO: Las explicaciones las doy yo. No se preocupe. Encárguese de todo. Que todo quede en regla.

ABOGADO: Con su permiso.

DON ARSEMIO: Lo acompaño (SALEN LOS DOS).

INES: Estamos esperando, tío.

DONCELLA: ¡Qué desconsideración!

LUPITA: ¡Qué atrevida!

DONCELLA: ¿Atrevida yo? Espantapájaros de pacotilla. Jamás en mi vida vi tanto atrevimiento. Tres voraces sobrinos dispuestos a cualquier artimaña para dejar en la mismísima ruina a un pobre viejo que lo único que ha hecho todos estos años es almacenar toda una fortuna ¿para quién? Pues,

para ustedes, pero no. Ahora que estedes ven caer el arca de la riqueza, que a fin de cuentas es lo único que les interesa, sacan las uñas y desgarran cada centímetro del buen corazón de este hombre (SE VE A DON ARSEMIO HACIENDO SEÑAS A LA DONCELLA «DE QUE YA ES SUFICIENTE») Y nada más. Sólo quería cantarles sus verdades. Y discúlpeme señor, pero mi decencia me impedía callar. Lo siento. (PAUSA). DON ARSEMIO: Señor, son los papeles de la funeraria. Firme aquí.

LUPITA: ¿Otra vez? ¡Pero qué quieren esos hombres!

MAYORDOMO: Que firme hija, no lo voy a hacer después de muerto.

INES: ¡Dios no lo permita!

ABSALON: Lo siento tío, lo que pasa es que...

DOCTORA: Le dije nada de visitas, ni malas noticias. No hay nada que hacer, Ud. es terco por naturaleza. Lo dejo, ya está Ud. en el horno. Con su permiso ¡Vaya gente! (SALE, DON ARSEMIO LA ACOMPAÑA).

ABSALON: Tío, escucha...

MAYORDOMO: Escúchame, tú y estedes. Es cierto que los hice venir por algo importante ¡Quería verlos!

LUPITA: ¡Vernos!

INES: (APARTE) ¡Tanto incienso y mirra para nada!

ABSALON: ¡Luna, tendrás que esperar! (DON ARSEMIO INGRESA).

MAYORDOMO: ¡Pobre viejo! ¡Dignidad indigna de mí! ¡Ahogado en mis propias aguas! ¡Sólo quieren ver mi carne devorada por los gusanos. (DON ARSEMIO A PARTIR DE ESTE MOMENTO SUFRIRÁ UNA TRANSFORMACION, VA CAYENDO EN TRISTEZA, LENTAMENTE HASTA EL FINAL DE ESTA ESCENA).

ABSALON: ¡Basta de tanta retórica tonta! Nuestras vidas se hicieron lejos de esta casa. Nada recibimos de tí, después de partir. Y al llegar tu carta, sólo pensé en tu herencia y poco me importó si los gusanos comieran tu carne decrepita. ¡Tu fortuna, sólo eso me interesa! Porque la vida sigue, porque la posta es mía.

INES: Has vivido sobre la fortuna. ¿Piensas morir sobre ella? El pecado de la avaricia se paga con el fuego eterno.

LUPITA: ¡Sólo queremos tu dinero. La verdad ni me acordaba de tí! Ya estás viejo, somos lo único que te queda y lo quieras o no, la herencia es nuestra. El abogado nos dio cuenta de todo...

MAYORDOMO: Sí, pero no contaron con el embargo. Los bienes no me pertenecen. Como ves, no moriré sobre mi fortuna.

ABSALON: Pues bien, aquí termina nuestros sueños.

MAYORDOMO: Qué saben ustedes de sueños. No te conoces a ti mismo y quieres conocer otros mundos. Crecieron en esta casa y un día partieron, dejaron el nido y pensé con el paso de los años que sólo ustedes podrían continuar. Pero, me equivoqué, la vida solo me devolvió el vacío, ustedes son eso, son vacío. Poseen en sus entrañas el extraño vacío de las fieras indomables, de las aves de rapiña, son vacío, sólo vacío. ¿No es posible que no quieran heredar afecto, tan sólo afecto?

ABSALON: La ciencia avanza, no necesita afecto.

INES: Dios lo es todo.

LUPITA: No sé que decir...

DON ARSEMIO: Señor...

MAYORDOMO: Ya esto termina.

ABSALON: (COGIENDO SUS COSAS) Sí, la derrota es tuya. Te hundiste con toda tu fortuna. A mí, la luna me espera siempre arriba! (SALE).

LUPITA: Si después del embargo te queda algo, házmelo saber, puedes estar seguro que aquí estaré (LO BESA Y SALE).

MAYORDOMO: (MIRANDO A INES QUE SE DISPONE A SALIR) ¡No quiero tus bendiciones! Sé que morirás con una hostia incrustada en la garganta!

INES: ¡Jesús! (SALE RAPIDAMENTE. LA DOCTORA Y EL ABOGADO INGRESAN)

MAYORDOMO: (HABLA SIN MIRAR A DON ARSEMIO) ¡Insensatos! ¿Qué sangre es esta que no tiene color? ¿Qué fortuna puede comprar el afecto? (CASI GRITANDO) ¡Escúchenme insensatos! El afecto no se compra, nace con uno, nace con uno, nace con uno... (CALLA, POR EL SOLLOZO. DON ARSEMIO SE LEVANTA Y LO OBSERVA EN SILENCIO)

DONCELLA: (INGRESANDO) ¡No vale la pena! ¡Ni una lágrima de ustedes vale la pena por ellos! (LA DOCTORA Y EL ABOGADO ESTAN DE PIE OBSERVANDO)

DON ARSEMIO: Gracias, gracias por todo.

ABOGADO: No sé que decir, don Arsemio.

DOCTORA: Hubiésemos querido otro final. Ud. no se merece...

DON ARSEMIO: Gracias, gracias por todo. Todo ha quedado aclarado. Sólo les suplico absoluta reserva.

DOCTORA: No se preocupe. Hasta luego. (SA-

LEN).

ABOGADO: Si alguna vez requiere de nuestros servicios, llámenos que aquí estaremos. Hasta luego. (SALE)

DONCELLA: ¡Nada los conmovió, nada! Ud. los vio...

MAYORDOMO: Puede irse, y gracias, jamás lo olvidaré. Espero comprenda, pero...

DONCELLA: Sí, señor, lo siento... (SALE)

PAUSA LARGA. DON ARSEMIO MIRA LA HABITACION EN SILENCIO , RECOGE EL SOMBRERO QUE ABSALON HABIA OLVIDADO. SE DIRIGE HACIA LA PUERTA Y TROPIEZA SUAVEMENTE CON LA SILLA DE RUEDAS DONDE SE ENCUENTRA SENTADO EL MAYORDOMO. SE DETIENE).

MAYORDOMO: Ya acabó todo.

DON ARSEMIO Sí.

MAYORDOMO: Sólo fue un juego ¿verdad?

DON ARSEMIO: Sí.

MAYORDOMO: ¿Sí? (RIE).

DON ARSEMIO: Sólo un juego (RIE).

MAYORDOMO: Es verdad (RIE).

DON ARSEMIO: Un juego, como aquel que jugábamos en el estanque del abuelo.

MAYORDOMO: ¿Cómo?

DON ARSEMIO: ¿Recuerdas el estanque del abuelo?

MAYORDOMO: Pero...

DON ARSEMIO: ¡Y estoy feliz como en aquellos días!

MAYORDOMO: ¿Qué está feliz? ¿Después de todo lo que pasó?

DON ARSEMIO: Sí.

MAYORDOMO: ¿Que, está feliz? ¿Y nos expuso a todos a este juego? Me sentí involucrado en este juego absurdo.

DON ARSEMIO: Lo sé.

MAYORDOMO: ¿Lo sabe? ¿Y le parece poco?

DON ARSEMIO: No. Obtuve lo que quería.

MAYORDOMO: Pero, no entiendo. ¿Quería el desamor de su familia? ¿Quería que lo insultaran hasta las lágrimas? ¿Para eso contrató a toda esa gente? ¿Para eso, hizo venir a sus sobrinos, para

eso me usó, burlándose de mis canas? ¿Para eso tiró por la borda el poco dinero que le quedaba? Ahora es un pobre viejo sin afecto y sin fortuna ¿Todo esto le parece un juego?

DON ARSEMIO: No. Sólo quería encontrar a mi hermano.

MAYORDOMO: ¿Qué?

DON ARSEMIO: Y lo he encontrado. Después de todos estos años, te he vuelto a encontrar. Hermano, mi única sangre. Los sobrinos no me importaban, siempre supe de qué calaña eran y tú también lo sabías, como sabías tantas cosas que les dijiste y que yo nunca te mencioné. Hace años que tenía mis sospechas.

MAYORDOMO: Estás equivocado.

DON ARSEMIO: No, sólo un hermano podría hacer por mí lo que tú hiciste sentir como sentiste la ofensa y el descaro. Y todos estos años... Gregorio... (SE MIRAN LARGAMENTE Y SE ABRAZAN EN SILENCIO).

MAYORDOMO: Juré a nuestro padre jamás revelar la verdad. Y te he servido todos estos años como lo prometí. Es mi castigo por haber derrochado la fortuna y el buen nombre de la familia, pero no me arrepiento, he cumplido...

DON ARSEMIO: Más de lo debido. Los hijos se equivocan, los padres también. (EL MAYORDOMO SE SIENTA EN LA SILLA DE RUEDAS Y DON ARSEMIO LO AYUDA A CONDUCIR) Desde hoy todo ha de cambiar.

MAYORDOMO: ¿Estaremos haciendo lo correcto?


DON ARSEMIO: Tenemos casi todo el camino recorrido. Nos queda poco para equivocarnos.

MAYORDOMO: (AVANZANDO CON LA SILLA) Es una extraña metamorfosis. Sólo el hombre comprende estos cambios. Sólo él transita los caminos sin vacilación. Y se entrega hacia una centrífuga que lo llevará sólo al lugar que él quiere. Sólo a ese lugar. (DON ARSEMIO SIGUE CONDUCIENDO LA SILLA. LA HABITACION QUEDA A OSCURAS) MUSICA.

TELON



Piedra de fogón / JULIAN PEREZ

ómo se van los años ¿no? Sin que uno se dé cuenta los becerros se hacen torillos; las muchachas respingonas risas de cascabel, mujeres hacendosas y el querer ya parió la pena. De los días iniciales a las tardes últimas sólo hay un trecho. Un breve transcurso sobre un territorio que harto tiene de fragua de herrero rabioso adonde se entra con la cara lozana, el pecho llameante y se sale llevando en las espaldas arqueadas una talega de proyectos marchitos. Con la cara ya cambiada como si a golpe de comba nos hubiesen labrado una hilera de pliegues pronunciados, con los ojos cansados de mirar, aunque ya se tenga a cambio, bien metido en uno, la costumbre de levantarse más temprano que todos, todavía en pleno anochecer, y se está listo para beberse un traguito de cañazo o para dar consejos a quien no los necesita ni quiere oírlos... De la cima de la existencia se nos viene a chorros una lluvia clara, transparente, como los ojos de alguien que la memoria fiel persiste en llamarla Clara, un aguacero de recuerdos que, aunque pidiéramos a gritos, no nos moja, y con él viene también la impaciencia de nuestros primeros años hasta agotarse en su loca carrera. Y fíjate, mírame bien, es a la altura de esta edad que sabemos si tal o cual proceder fue conveniente o no; cuando sacamos cuenta que todo lo planeado no se ha cumplido, cuando doblamos un codo hacia un extraño lugar al que ni siquiera en sueños pensábamos llegar. Qué tonto en las hondonadas a la hora de la noche retinta por coger las huellas del buey extraviado esta perra canija que se llama vida; la chacra ladeada donde el agua de riego no hace trabajo; la obligación de ser hortelano en suelo yermo... Escúchame, óyeme.

Cuando aún tenía asisito de tamaño, mi señor padre nos lidiaba. Nos carajeaba junto a mi madre, nos latigueaba duro por perjudiciales y marrajos. Por culpa nuestra también ella recibía golpadera ultrajante. Entonces yo, opa, sin haber aprendido a manejar bien la primera lampa, quería imponer mis caprichos, rabioso me ponía. Le deseaba muerte inmediata a mi señor padre, que se desbarrancara como animal maldicionado.

Pero hace falta conocer la fragua donde el hombre se hace viejo para entender que hay razones para que, por momentos, él quiera tener dentro de sí hiel de toro bravo. Eso entendí luego de cargar el bulto de flores espinosas de Rosasniyuq todo el trecho que ya te dije; sí, expuesto a sus espinas y al aroma de sus flores al mismo tiempo... Rabioso fue mi padre, pegalón y hombre de muchas deudas no sólo a gente capaz sino también a estropeados de nuestra condición. Qué de rarezas conocí: justamente esta gente lastimosa, en ocasiones, fue la que más retaceó sus camisas de jerga, le sacó en cara sus defectos y sus vicios. En medio de eso yo miraba a mi padre, en mis ratos de mal viento, como a un animal dañino que cae en la trampa. Retorciéndose por romper las tantas lianas de las necesidades más se aprisionaba. Eso me daba gusto: mirar su desesperación era mi desquite, mi la -venganza-es -dulce, por haber recibido de sus manos corpachonas cuerazos que me labraron verdugones en la piel del trasero. Como ves, fui perro que muerde a su propio amo; gozar con quien pataleaba como animal dañino caído en la trampa por darnos lo poco para comer. Por eso me odio, me insulto y me jodo ahora y en copas como ésta trato de remediar la irreparable mala lampada. Yo que no supe retener, en la atroz cuesta, ni hijos ni mujer por no tener honra ni remilgo... Es que, reparándolo bien, entiendo que él si fue hombre de preocupaciones, quien para proporcionar cariño estaba obligado a tomar hiel, a mascar semillas de achicoria. En otros momentos qué no supo ser para que mi madre y nosotros tuviésemos suficiente en las exigencias del estómago. Carajo, ese hubiese sido el instante para exponerle aunque sean falsedades, hacer de las palabras un jarro de agua, un árbol lleno de pajarillos, la silueta de un lucero correlón reventándose en luces de colores que le divirtiesen así sea tan sólo un instante. Pero no, nosotros, descastados, no servíamos para eso; siempre estábamos con los pies en chacras ajenas, hondeando pájaros, hurtando duraznos o tunas, haciendo de revés las cosas, nublándoles sus pocos días azules a nuestros padres, agriándoles el plato de comida que les tocaba comer después que sobrábamos noso-

tros los pedilones. Y nuestra madre, por habernos llevado en sus entrañas, siempre le ponía la contra a sus razones. Es ahí cuando empezaba la desgalgadera. Bien hecho para los marrajos, pero no para ella: nos dejaba surcos verdes en el cuerpo y a ella los ojos rojos, los párpados morados. Sin embargo, no era para tanto: hierba mala nunca muere, se sabe. Más bien, digo hoy, fue poco para los reveseadores, porque así nos poníamos hacendosos. Por la madrugada, al día siguiente, ya estábamos yendo a deshierbar chacras de maizal, a ordeñar una punta de vacas lecheras, para ganarnos un pago, aunque ni las chacras ni las vacas fuesen nuestras. Sólo cosa de unos días los perdularios éramos santos, poco faltó para hacerle un altar a mi señor padre. Lástima que tales sentimientos duraron instantes muy breves; luego, luego, volvíamos a las malas andanzas.

Eso es, en la lluvia clara, Clara mía, que viajas en la sombra de mi caballo mordiendo la mano del olvido, el bulto de espinas punzantes que cargo. ¿Y el aroma de las rosas de Rosasniyuq-pata? Claro que sí, lo sentí también, cómo no, en el lado bueno de la existencia, bajo un sol enorme, mirando la amplitud de un cielo que pintaba de azul las aguas del río Pampas. Eso ocurrió el día cuando en mi pecho se hinchó el querer hasta parir la pena. El día, los días, los instantes urdiendo antigüedades... Yo me puse marrajo, de momento afanoso por querer mostrar decencia, el que vive en estallidos de alegrías y suspiros entreverados. Hubo una fuerza dentro de mí que de pronto me obligaba a surcir las costuras descosidas de mis trapos, a levantar conveniente las alas caídas de mi sombrero, cosas que antes no me daban ninguna importancia. La causante de ese día oloroso a fragancia de la flor llamada «para-siempre» fue la hermana de un amigo mío, una sipas cuyo nombre me viene en los

amaneceres de sol tibio, en la transparencia de los remansos detenidos al pie de las cascadas. Yo fui amigo y promoción de su hermano durante el tiempo de la escuela. El mismo que me quitó su amistad cuando se enteró que la perseguía a su hermana por todos los recodos y por todos los bohíos para encaminarla a deshacer los colores del arco iris. Me echó, junto a la boca de lora de su madre, mis carencias en la cara, me recordó lo ruin que fui en la escuela, los puñados de maíz tostado que le confió a mi pasado. A pesar de ser cara de lonja, sentí esa humillación como las mismísimas brasas vivas, hasta aprender a bajar la mirada ante las miradas. Y como fui un perro que ponía la cola entre las piernas en momentos como ese y se amparaba en otros, culpé a mi padre de la pobreza que cargaba como una cruz. En seguida, me apresuré a dejar llorando a mi «palomita» y tomé otro rumbo por sólo responder a las ofensas de su familia. Y ya ahora, luego de salir de la fragua, entiendo que quien perdió no fue ella sino yo.

Por esas dos ofensas es que hoy vivo en la disconformidad, en un pesar que se agranda conforme pasa el tiempo, por ellas pido siempre dos botellas de aguardiente más cuando se acaba una... Mi padre no se quedó quieto. Me largó de la casa con un puntapié, ya que él fue hombre que daba vuelto por las ofensas. Y con ella, ya dije, yo perdí. Es que en noches de luna llena y de inalcanzable cielo como ésta en que me dices que ya desocupe tu chingana, cuando la memoria es un hombre con su poncho color de soledad y chalinas de viento, siento mirarme sus ojos que me amanecieron a la alegría, requiero su calor como requiere el animal el calor del sol en las punas frías... Por eso tomo aguardiente fiado o de regalías hasta rajarme las entrañas, por eso quiero desgañotar al que diga que de recuerdos no se vive...



Atipanakuq Qarawi / JERONIMO SANTOS

QARAWI

Qarawiqa:

*Qatun llaqtakunaman,
runakunapa uchusniraq chuya qaylliyinmi,
Llaqtakunapa tarpukusqampi
upallallaynimpi waqayninmi,
waranqantin waranqantin rimaypa
qaparqachayninmi;
Runakunapa kallpanchakusqanwan tarpukuykuna
kuyuchiymi,
intimanta, killamanta, urqkunapa kuyukuyinmi;
Sapa kuti ñawpaqman kallpa apawananchikni,
kuyakuywan kallpanchakuspa suyaymi;
Wiqiman, qumpiyman, yawarman asnaristin,
quñiniraq tutakunapi umanchikta chinkachispa
qaparqachaymi;
Yawarchasqa makipi akchirayaq kanchaymi,
ninapa quqarikusqampi kusikuy param;
Quqkuna achkayaypi wanpunankukama,
yarqaymanta nanachikuspa qaparqachaymi;
Mikuymanta, pisiyaypi, kawsakuyininta kachustin,
runakunapa qatunyaspa tukuyinimpa wañuyinmi;
Wachinakuy punchawkunapi, nanaykunapi;
imaynam
paqarin qina kanqa, qunqasqa qepalawman
kutiriyimi;
Runaqinalla musqurispa musuq mamapacha
ruraymi,
allpanchikpa mana allin rurasqanta allin
ruraymi.*

Chaynapim qarawipa:

*Mana kasqanmanta ima sumaq willakuy,
Runakunapa qatu qatun qapariynin,
Kay pachapi kasqan runakunapa kachariynin,
Qanaq pachapi quyllurkunapa kanchatyaynin;
mana wañuq suyaymi,
Wakillankupa tarpukusqampa rurunmi,
Llapallan mamapachapi kaqkunaman qusqan.*

POESIA

Poesía es:

El himno insignificante de los hombres,
esencia que ofrendan a los pueblos excelsos;
El grito de los silencios en millones de voces,
desgarros de pueblos unidos en la simiente de
sus lágrimas;

El temblor de los andes del sol y la luna,
movimientos que cambiarán las sementeras a
fuerza humana;

El amor forzante de las esperanzas,
vigor llevadero a la lucha por siempre;
Como un loco gritar en una noche de leche
tibia,

oliendo a lágrimas, sudor y sangre;
La lluvia bendita en la llamada de un
incendio,
la luz prendida de ensangrentado brazo;
Exhalar gritos lastimeros y hambrientos,
mientras otros nadan en la abundancia;
El desenlace de hombres que mueren en la
gloria,

masticando sus vidas de hambre y miseria;
Retornar al pasado olvidado,
en días de guerra y desolación como será
mañana;

Hacer perfecta la creación terrenal,
humanamente extasiado construir un nuevo
mundo.

Y la poesía es:

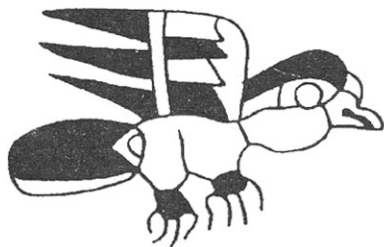
Una hermosa fantasía,
el más grande grito del hombre,
la redención de la existencia humana,
el titilar de las estrellas del firmamento;
Los frutos que al mundo brindaron,
esperanzas imperecederas,
la simiente que pocos sembraron.

QAMQA QARAWI

*Qarawi qamqa manan kachkankichu:
Qanrapi laqarayaspán puriq uruchu;
Ranra ranrapi yarqay amaruchu;
Wañuchiwananchikpaq wañuyupa
apachimusqan miyuchu;
Ayanchiqkunamanta suwakunampaq
chayamuq suwataqchu;
Ni kkillan kuyakuq uywataqchu;
Mana sutiyuq, ni mana imayaq, urutaqchu.*

*Qarawi, qamqa kanki:
Kuyakuywan uchus miski qawakuq
rurasqam;
Wayqiykikuna kacharichiq illipam;
Chiqap intiman puriq akchim.*

*Qarawi kachhkankiqa:
Kay pachapi mama pisipaspa
kawsakuqninpa wiraquchanmi;
Llulla kusikuypa, rikcharispan,
kacharichiq miski churin suyasanmi.*



ATIPANAKUQ QARAWI

*Waranqantin llakikuyniyuq ukuykipim,
llakipas kusikuylla qampapi;
qillu, qillu intiyuq taki;
yakunayasqapa atipakuyniyuq Qarawi.*

*Qukmanyachisqa qawkarayaq mayuykipim
churikikunapa yawarnin yuchkan
llipitiachkaqta rikusunayki rayku;
mana atipasqapa kusikuy takicha.*

*¡Qampapim quqarikun Qarawi!
unanchasqa sullaykipa kusikuynin
rumichasqa qaparqachaypi.*

*¡Qampapim quqarikun Qarawi!
laqamparayaq machaqwayman
mana quknuyuq waka nisqayki.*

POESIA TU

Poesía, tú no eres:
Un gusano que se arrastra en la podredumbre;
Una hambrienta serpiente en el pedregal;
Un veneno que la muerte te envía a matarnos;
Un profanador que llega a saquear nuestros

cadáveres;

Un animal que se ama a sí mismo;
Un parásito sin nombre y sin conquistas.

Poesía tú eres:
Una criatura de apasionado y dulce mirar;
Un rayo de redención de tus hermanos;
Una luz que camina al sol de la verdad.

Poesía eres:
La divinidad de la naturaleza
que vive sin desalentarse;
El dulce hijo que la falsa felicidad
espera tu despertar redentor.

POESIA DESAFIANTE

En tus entrañas de mil sufrimientos,
en ti lo triste es alegría;
crepúsculo de una melodía;
Poesía de desafíos sedientos.

En tu sosegado río teñido;
se desliza la sangre de tus hijos
por verte en el horizonte bruñido;
alegre canto de los prodigios.

¡En ti se levanta Poesía!
templado en el empedrado grito;
la gloria de tu rocío bendito.

¡En ti se levanta Poesía!
la sin par promesa sagrada
ofrecida a la serpiente arrastrada.

Limapeq kutimoq chiinakunapaq

Para las muchachas que vuelven de Lima

/MACEDONIO VILLAFAN BRONCANO



Limapeq markamayyi jutimoq chiinakuna allaapa nikacharmi cheekayaamun.

Pekunapaqqa nanipis allapa qoru qorush, qechuapis sasa parlakunanshi, waynu musikapis llutash, choolukunapaqski; kamtsatapis, ima kurutaq tsee kallanachoo pintikachan, mamay, nispash tapukuyan.

Manash unee jirkakunachoo mitsikur puriyanqaatapis yarpaayannatsu; urpinoo mirkapaakunata llamitsinakuyanqaatapis. Pintakiikuyanqa jina, tayta, matsakeepaq. Tseemi noqaakuna kee qotsuta witiqur witiqur qotsupeekuyaa.

Nawikita pintakurkur niña bonitam kaa ninki, yakullacoopis rikaakuritukurikoqmi sheekanki.

Shimikita pintakurkur allaapa shumaqmi kaa ninki pillatapis tapukuri diablurikoqmi sheekanki.

Perfumiki jichakurkur allaapam pukutaa ninki.

Alqullatapis tapukuri, añas añasmi asyanki. Permanentiki rurakurkur allaapa shumaqmi kaa ninki espejullachoopis rikaakuri leonpanoomi aqtseeki.

Imatapis yapeekuryan qotsupeekuyee markeekikunachoo tsenoo chiinakuna limapeq kutiyaamuptinqa.

Tseeta wiyeekuran penqakuriyanqa.

Mis paisanas que retornan de Lima llegan a mi pueblo muy pretenciosas.

Dicen que para ellas el camino es muy escabroso, que el quechua es muy difícil de hablar, que el huayno es una música corriente, para cholos; para el maíz tostado, preguntan diciendo, qué gusanito es ese que salta y brinca en el tiesto de tostar: mamá.

Dicen que ya no se acuerdan que andamos antaño por los cerros con nuestros animales, que ...partimos nuestros fiambres como las palomas. Y se pintan, señor, para asustarse. Por eso nosotros les cantamos esta canción acercándonos a ellas:

Pintándote tus ojos dices que eres niña bonita,
siquiera en el agua mírate, como el búho estás parada.

Pintándote tus labios soy muy hermosa, dices que eres, pregúntale a cualquiera como el diablo estás parada.

Echándote perfumes dices que hueles fragante,
pregúntale siquiera al perro, hueles a zorrillo.

Haciéndote la permanente dices que luces hermosa,
mírate bien al espejo como del león son tus cabellos.

Añadiéndole más versos cántenles así en sus pueblos a las muchachas que vuelven de Lima con estas pretensiones.

Escuchando esas canciones sentirán vergüenza.



TAYTALLAY

Taytallay
tayta aukis

qamqa yachallachkankim
yuraq soqo
umachaykipi
kay vida kausaqta.

Allpawan
waqechakuykuspam
raku sapisapa
qaqa rumillaña wateqamunki

qamqa yachalachkankim
usajina, aqchi jina
runakuna
kausasqanta

mana maypi tiyariq
muyru rumi jina
mana sapiyuq kaq

taytallay
tayta aukis
qamqa
yachallachkankim.

PADRE MIO

Padre mio
padre viejecito
tú

si estás sabiendo
en tu cabecita blanca
de esta vida
la convivencia.

hermanado con la tierra
como
una roca robusta
de raíces poderosas
te asomas.

Tú
sí estás sabiendo
de hombres que existen
como
piojos y carroñas
que
no tienen
donde fijarse
como
pedras redondas
que no echan raíces

Padre mio
padre viejecito
tú
sí estás sabiendo

Kichka uma
tankar kichka
ñawiymantam
yuraq qasa inti suturimun

chuyunyaq orqokunapi
wanchuy chuya mayupi

sapan
sapachallan

yana tutawan maytukuykuspa
llakillay
puriptin.
chaynama
llaqtanchik
yuraq qasa inti lloqlla
kay
chaki allpapi
laswa sachachakuna llaqwasqa jina

kichka uma
tankar kichka
ñawiymantam
altu misayuq layqa

rimarimun

manañam
laswa sachachachu kanku

allpatam
patarichimunku
raku raku sapinkunawan
ninayasqaña
qaqayasqaña
llipipukuq
sacha kaspá.

J A R A W I

Dida Aguirre

AYA ORQO

De
la cabeza espinosa
del
espinoso arbolito
de mis ojos
la
blanca helada del sol gotea
en
los
cerros silenciosos
en el claro río del Wanchuy
sola
muy solita
con la negra noche de manto
cuando anda mi pena.

Así es
nuestro pueblo ahora
derrumbe
blanca helada de sol
aquí
en esta seca tierra
como arbolillos arrasados
por la sequía.

De
la cabeza espinosa
del
espinoso arbolito
de mis ojos
¡habla!
el
venerable brujo de los wamanis
ya no son los
desfallecientes árboles.
Revolucionan
la
tierra
con
sus gruesas raíces

Candela ¡ya!
Roca ¡ya!
por ser árboles brillantes.

Qello sisa
waranwaycha
aya orqo ukumanta
waytamuq

waranqa kutita
qonqaykachiway

waranway
chiwanmay
waranqa kutita
chinkaykachiway

chiwanway
yana chiwilluy
tupsuchaykipi
waranqa qonqana yakuchata
waranway rapichampi
aya orqo allpayuqta
upiyakachiway

jintil
tulluwantañaqmi
waqtan, waqtan
sukaykamunki

sonqollayman

kay aya orqo
patachampi
waranway waytankuna uchuchampi
pakakuykuni
uchuy llakichaywan

kanan tutallaya
sapachallay
llakiy llakikuykusaq

paqarin
achikyaqpiqa
llapa ayllupa wakchanmi
sonqoypi ratakunqa.

CERRO MUERTO

Amarilla flor
del waranway
tú que desde la quebrada
del cerro muerto
floresces

mil veces
hazme olvidar

waranway chiwanway
mil veces
hazme desaparecer

chiwanway
negra golondrina
en tu
piquito
agua

de los mil olvidos
en
una hojita del waranway
con
la tierra del cerro muerto
hazme beber
y con
quena hueso de jintil
tañe de loma en loma
a mi corazón

aquí en la ribera
explanada del cerro muerto
dentro
de las flores del waranway
me escondo
con mi pequeña pena
sólo esta noche
para
entristecerme
con mi pena solita

porque
mañana al amanecer
la
pobreza de todos los ayllus
arderá en mi corazón

JARAWI

Aya allpatachu akurani
 aya
 upallalla chuyunyaq
 simiyuq kanallaypaq

urpi ñawillaymi
 kausayta munashkan

¡kay!
 wañuy
 nina qaqa kañay pachapi
 chaki sonqoypi

¡ay!
 yana allpatam takani
 mitu chakiyman
 yaku makiyman

paralla chayaykamuy
 intilla kanchiykamuy

llapa tulluymi
 katkashkan

chaki sonqoyñataqmi
 tallikuykushkan
 lambras qasa mayuchanman

¡ay!
 sirkaypi jintil
 yawar mitmaqniy
 wichay apullay
 qawariwayña
 kausayqa
 manam kausayñachu

asnaq
 pukiun qoltutumushkan
 kay
 nanaq, ñausa
 karu rinri pachapi

aya allpañachu kanipas
 mamallay, taytallay
 manañam
 kay vida kanichu

jarawillaymi uyarikushkan
 kay pacha
 anan pachamanta
 rikchaparikunapaq



JARAWI

Acaso
 polvo de los muertos
 he sorbido
 para
 que mis labios estén sellados
 en
 silencio mortecino

mis ojos de paloma
 urgen vivir
 aquí en la muerte
 fuego de roca
 incendio de mundo
 y en mi árido corazón
 ¡ay!

estoy tapiando tierra negra
 a mis pies de barro
 a mis manos de agua
 ¡lluvia llega ya
 sol alumbra ya!
 todos mis huesos
 están temblando

y
 mi corazón marchito
 se está derramando
 en aquella abra
 arroyito de alisos
 ¡ay!
 sangre de mis venas
 ancestrales jintiles
 antiquísimo dios
 ¡mírame ya!
 vivir ahora ya no es vida
 el

hediondo puquial
 está borbotando
 en este dolido, ciego, sordo
 cosmos
 tal vez
 ya soy arcilla de muertos
 ¡madre mía, padre mío!
 ya no soy de esta vida

solo mi jarawi
 se está escuchando
 desde esta tierra
 y del otro mundo

para
 despertar de nuestro letargo.

Las mellizas de Huaguil / ZEIN ZORRILA

El ruido atrona el pacífico recodo de la cordillera, la nube de polvo se levanta sobre los brillantes techos de zinc y la camioneta va a detenerse frente a la fachada de «La Golondrina-Hotel». Una mujer de pañuelo verde descende en la tierra dura, se quita los anteojos negros y enfrenta la plaza desierta.

-¿Estás seguro que esto es Huaguil?

El conductor de la camioneta, un moreno de la costa para cualquiera de los lugareños que desde las sombras contempla el arribo de la forastera, asegura:

-Huaguil, señora; coinciden el tiempo, y la distancia.

-Es raro. Siento que hemos entrado en otro pueblo. Pero, en fin...

Las fachadas silenciosas rodean la plaza, las ventanas se alinean con sus lánguidos barandales frente al escuálido verdor que descuartizan las tiras de cemento. La forastera vuelve las espaldas al espectáculo cegador y transpone el umbral de «La Golondrina-Hotel».

-¿Hay alguien aquí?

La casona yergue sus elevados muros blancos en la calle principal, sus balcones cuelgan sobre las veredas de piedra, en la silenciosa sombra de sus altos aleros y el sol del mediodía penetra en el zaguán, brilla en los errantes corpúsculos de polvo, en el estuco de las paredes que descascara la humedad.

-¿No hay nadie en este hotel?

Crujen unos maderos y un muchacho de camisa blanca surge desde las penumbras de la Recepción.

-Estábamos esperándola, señora. Pensamos que tal vez no llegaría. Las lluvias, los huaycos. Tuvo suerte...

La forastera corre un pañuelo por su frente, sonríe sin separar los labios.

-Sí, tengo suerte. Hubo sol en toda la ruta.

El lapicero del muchacho señala un retazo de cielo, las nubes negras que se recortan en el marco del zaguán.

-Engañoso, señora. Cuando menos uno piensa, aquí ya está lloviendo.

-Recuerdo algo, hijo. Recuerdo.

-Bueno, señora. ¿Y hasta cuándo nos acompañas?

-Unas horas... -La mujer acomoda su bolso en el hombro-. Me vuelvo hoy mismo. Una habitación para cambiarme la ropa, un poco de agua fresca y una cama donde echar un sueño. No necesita más esta viajera.

El muchacho toma la senda de ladrillos humedecidos por las lluvias recientes. Ella lo sigue, bordéa el rosario cargado de capullos, se detiene al pie de la escalera.

-Averigua dónde es... -dice, el hombre de la camioneta se sobresalta en el marco del zaguán-. El tiempo no me sobra.

El muchacho se detiene en el descanso de la crujiente escalera, mira al hombre, a la forastera.

-No se preocupe, señora. Yo conozco. Es en Tingo.

Ella le muestra un rostro incoloro, una mirada de fatiga que lo abarca con escalera, tejados y cielo.

-¿Y sabes qué busco?

-Todo Huaguil sabe, señora. El pueblo entero sabe por qué está viniendo usted a Huaguil.

-Vaya... Y mi viaje era secreto. Veloz y secreto.

La pieza es amplia, la luz entra por un balcón que cuelga sobre la plaza y se desparrama en la solitaria cama, la silla de paja destella en el rectángulo de un espejo. La mujer aparta las tules y enfrenta el cuadrilátero limitado por las presurosas edificaciones, los techos de zinc y las ventanas clausuradas, los entreverados geranios y el agonizante redondel de margaritas; cualquier plaza de cualquier pueblo, incrustado en aquel recodo de la cordillera.

-Acaban de instalarnos el agua corriente, señora -el muchacho dirige el mentón hacia las excavaciones de la plaza, los tubos de cemento apilados, las mezcladoras de los albañiles y los montículos de hormigón-. Y las casas de la plaza tienen luz desde la semana pasada.

-Todo nuevo... -La mujer paladea el aire, humedece sus labios-. Han tumbado los árboles.

-¿Árboles? En la plaza no habían árboles, señora.

-Habían, hijo. Sauces y totoras... y un riachuelo.

El muchacho se vuelve, sostiene por primera vez la amplia mirada de la forastera.

-Nunca, señora -carraspea-. Han aumentado las casas, eso sí, pero árboles y riachuelo, nunca.

-Tu has llegado ahora último, hijo. Con los fierros y el cemento.

El muchacho la observa de reojo; caídas las tules del balcón y suavizada la luz en la pieza, la mujer continúa hablando desde la penumbra, erguida y voluminosa, palpitando en el aire cargado de brillantes corpúsculos de polvo.

-Somos un pueblo atrasado, señora. Recién está llegando el progreso.

La mujer observa el retazo de plaza donde una antena parabólica desplegada a los cielos proyecta su sombra desde las azoteas de un edificio en construcción.

-Claro, hijo -suspira-. Yo comprendo.

El muchacho se muerde los labios:

-¿Y hace cuánto que no viene por acá, señora?

-Bastante tiempo.

En el silencio de la pieza se oye su respiración ronca, como si durmiera de pie. El muchacho se despide, crujen los maderos y el alegre silbido se pierde en la huerta, en los murmullos del zaguán. La mujer recorre la pieza, hunde el catre, se levanta. El balcón flota en el resplandor.

-Huaguil... -murmura, los ojos cerrados, las yemas de los dedos en la sien-. Cómo ha volado el tiempo, Señor.

Desde el lejano barandal de la plaza, dos ganaderos contemplan el estallido de fulgor en los cromos de la camioneta, inmóviles, las caras hundidas en la medialuna de sombra recortada por los sombreros. El conductor revisa los neumáticos salpicados de barro, levanta la capota, hunde la cabeza en la humeante maquinaria. Los ganaderos tiran atrás los sombreros y empujan la botella.

-Así que es ella... -El ganadero joven observa las dobleces de la hoja de coca que entresaca del pañuelo de franela tendido en el barandal.

-Tú eres todavía pichón. -El ganadero viejo se frota el mentón con el dorso del pulgar-. Yo tampoco la conocí, para ser sincero... Dicen que es el diablo mismo para hacer plata. Es decir, ésta, porque la otra...

-¿Son dos los diablos?

-Hablo en serio. Eran dos herbajeras, en los tiempos de Perseverancia. Igualitas en todo, sin ser hermanas. Las mellizas. La vida se las fue llevando por caminos diferentes. Una se fugó a la ciudad,

pactó con el diablo. Mi alma por plata, o algo así. Y ahí la tienes.

El ganadero joven rebusca en la coca del pañuelo, blande una hoja de coca de bordes impecables.

-¡Mira ésta! Si yo la conocía en ese tiempo, me robaba a tu melliza. Con la suerte que tengo...

-No sabes lo que hablas... Te juro.

Los ganaderos callan; la forastera ha aparecido en la vereda de «La Golondrina-Hotel»; anchos pantalones kaki, bolso al hombro, atado el pelo con un pañuelo que flamea. Dos mujeres del pueblo están con ella, señalando los cielos cargados de nubes negras, las calles que se internan en los suburbios. La mano de la forastera se levanta hacia una esquina de la plaza donde la brisa balancea un anuncio de artefactos eléctricos de un poste de alumbrado.

-¿No es la casa de Elena? -dice. Las mujeres asienten-. ¿La costurera?

-Claro, claro... -El muchacho de la recepción sacude la cabeza, abre los ojos-. Es la casa de la señora Elena, claro. Aunque después de su accidente, ya no cose nada, a máquina ni a mano.

-¿Un accidente, Elena...?

-Ahh, verdad, usted no sabe nada.

La comitiva atraviesa la plaza que arde con el sol de la hora y alcanza la calle flanqueada por una acequia en ruinas y anchos muros coronados de musgo. Cruje un balcón, asoman cabezas blancas, suaves sombras se desplazan tras las cortinas. Desde el llano calcinado por las heladas de junio el horizonte se pierde en hileras de molles que bordean las faldas de la cordillera.

-En esa hondonada... -La forastera contempla la penachería de eucaliptos retoñados en su esplendor de plata-. Estaba el molino de Cuti, un molino de granos. Yo amanecí allí varias veces.

Las mujeres observan el abigarrado caserío de la hondonada, las columnas de humo que el viento mece sobre los tejados, sobre la fronda de eucaliptos.

-Cuti murió hace mucho tiempo, señora.

-Y no hay molino, ni río, señora.

-¿Y eso... ?

Dos tractores amarillos reposan al pie de un muro, los lampones cubiertos de óxido, de barro, los brazos inmóviles, como langostas ateridas que se calentaron al sol de la tarde.

-Las minas, señora. Canadienses. Dicen que hay oro bajo el pueblo.

El rostro del muchacho se distiende, tira atrás su gorra, luce la frente amplia, esperanzada.

-Compan casas para su gente y pagan bien -dice-. Transformaron la escuela de Rosario en un

hotel de contratistas, censan a los mozos de la comarca, abrirán una escuela de soldados.

Al final del llano aparecen las nacientes de la cordillera, el río turbio que serpentea en las profundidades.

-¿Esa no es Perseverancia?

-¿Señora ... ?

La forastera contempla la recta de casuarinas al pie de los despeñaderos, parpadea ante la fulgurante techería de calaminas.

-La hacienda Perseverancia...

-Ahh. Es Pueblo Nuevo, señora. Gente ociosa, pendenciera. Bueno... Usted no viene hace una barbaridad de años, ¿no?

-No, hijo. Aquí... -la forastera taconeaba enfática con sus plantas-. Aquí no he estado nunca.

Las mujeres suspiran, el muchacho ayuda a la forastera a vadear las acequias que cruzan la senda como las extremidades de un insecto dormido.

-Cada invierno, señora... Cada invierno vienen las lluvias y se llevan la tierra. Nos deja sólo las piedras.

La forastera seca el sudor de su frente, aclara su mirada, humedece sus labios.

-Un día cargará contigo, hijo.

-¿Señora?

-Es cuestión sólo de tiempo.

La casa emerge al final de la senda, al otro lado del montículo de piedras, descostradas sus tejas por las lluvias y la intemperie, recibiendo los brochazos del crepúsculo en sus muros, en su solitario árbol de guindo. Un hombre de sombrero deformado brota del corredor, reconoce a la comitiva.

-¿Tía Rosaura? -viene en alcance, se dobla ante ellas, se seca en las perneras y tiende la mano-

. Pensamos que tal vez no llegarías. Aquí ha llovido tanto...

La forastera suspira, el cobertizo está allí, y los postes de madera y la puerta de la cocina velada por el humo. Una mujer de túnica flota al otro lado de la humareda.

-He viajado tanto -dice-, y no voy a sentarme ahora. ¿Dónde está Inés? Quiero verla.

El hombre se hunde en la penumbra. La forastera distingue el brillo de unos barrotes, un catre de hierro, unas manos que en las tinieblas alisan una cobija.

-¿Inés ... ?

Una respiración agitada padece en el silencio, el río crepita en la lejanía, rumoroso.

-Soy Rosaura. ¿Estás allí, Inés?

Un rostro cubierto por vendas brota de la sombra. La respiración se contiene, las vendas resbalan como pétalos y dejan al aire un rostro tenso, sin cejas ni pómulos, un óvalo de lodo con dos guijarros negros por ojos.

-¿Has esperado a este extremo, Inés?

Responden el silencio, el rostro llagado, una mano que se tiende desde la penumbra.

-He venido a llevarte.

Inés continúa mirando a la recién llegada, mueve los labios, sin sonido, jadeante.

-No... -dice al fin, cuando sus manos encuentran las manos de la forastera-. Yo no me muevo. Aquí empezó todo, aquí se acaba.

La lluvia se desencadena sobre los tejados de las antiguas casas y las azoteas de las modernas construcciones y las centellas fisuran la oscuridad, penetran por los resquicios de la ventana, resplandecen en el vacío, entre las dos mujeres enfrentadas.



La danza de las balsas / GLORIA MENDOZA BORDA

MUCHACHA DE LAS TRENZAS NEGRAS

Oh candor
sabor a salvia
estás todavía presente
en las polleras remendadas
por el tiempo
agrietados pies por las prisas
trenzas desgreñadas
dócil cabellera
que el viento de los andes
se lleva a las cumbres

vives en nosotros
muchacha de los dientes de maíz.

SUEÑO VELADO

Han multiplicado
mi perfil
en hilera de poemas
largas caminatas
por las ciudades
se han agrietado mis manos
y aún sueño con mi origen
balsera en el Titicaca

Juliaca - Huancané - Moho
Puerto Puquis - Chingani
sepárenme un lecho de agua
debo naufragar
escapando del tiempo
este nombre mío agobia
los caballos salvajes de mis ojos
año la tierra a la que no
puedo volver.

COLEGIALA

Una muchacha de ojos capulí
nos mira de soslayo
cruza la plaza
me impacienta
vuelvo los ojos
a los años de mi primera infancia.

LEJANA INFANCIA

Juego de infancia
muñecas de papel
dulces
fantasía
sueños
lectura de cuentos
recreos inocentes
susurro de ichu
entonces éramos
semejantes a la manzanilla
adheridas a un cielo azul y puro.

ANGELUS

Se amotinan palomas
en sinfonía triunfal
a la hora
del angelus de Millet
Huancané
eres eco permanente

estamos
tan distintos
tan cercanos
y en un mundo parecido
o distinto
del que nos abruma

vertiginoso cambio
en la tierra que tomamos como
nuestra.

RAMIS

Las aguas
rebalsan el puente
cuánta historia corrió

cruzamos
el río
la soledad
hace piruetas en el viento
ya no observo
comprendo que eres
brisa desvanecida

hemos
despedazado
la furia de las olas

bosque subterráneo
de garzas húmedas
mi corazón.

PUEBLO

Todos sabemos
nuestros nombres de memoria
para danzar
sin ocultar
calle arriba
calle abajo
la verdadera patria
Martina.

EN HUANCANE

Todos conocemos
nuestros rostros
en la fiesta de mayo
desenredamos
los blancos dedos
de la ausencia
reunimos
los lugares
que los ojos no ignoran



ESTE NOMBRE NO ES MI NOMBRE

Juro en el nombre de la rosa
 la fe
 y la verdad
 mi viejo sombrero
 por el pequeño Laiko
 y mi negra trenza
 mi nombre es Isadora Tipula Quispe
 me hicieron profesora la Literatura
 entre danza de máscaras
 porque me perdía entre los ríos
 y James Ensor guiñaba
 el ojo izquierdo
 espectando sus máscaras macabras
 tristes - malolientes - amenazantes
 buscaba
 mi historia
 en el aguacero
 besaba piedras
 y preguntaba por mi nombre
 a los tejados
 en nombre de la rosa
 oh cantuta
 imposible dejar de nombrarte
 rosa silvestre
 rosa de las acequias
 en vano preguntas
 por la señora de la cabellera larga
 ella está envuelta
 en una aguda trenza
 y en cada nudo
 los ojos de los abuelos
 encienden la noche
 desde la magia - mito - ensueño
 de Huancané
 allí
 donde todo es juego de infancia

padre
 maíz - cimientito
 erguido eucalipto
 ruta que va y viene
 blancas palomas se instalan
 en mi silencio
 en busca de trigo
 fin de época
 aroma de rosa
 quedó en la quebrada

campesinos aguardan
 en su morada
 hasta que las estrellas se

multipliquen desde
 Juliaca
 y conducen tu vida
 por tierra de nadie y de todos
 en la piel de la rosa
 rosa silvestre
 tengo el presagio
 de la guerra de hormigas

brasero
 los muertos no están tan muertos

andinas buganvillas
 cielos abiertos
 trazaron mis andanzas
 pastora de ovejas
 hasta que el sol se pierda
 entre las montañas
 y me hicieron poeta en las abras
 este nombre no es mi nombre
 juro que soy
 Isadora Tipula Quispe
 y no Gloria Mendoza.

LOZANIA

Petrona envejecida evoca a la niñas
 que vio partir

¿Dónde estarán esas húmedas tardes
 dónde estarán esos años
 cargados de eqekos?

que contesten los chihuancos
 que nos regalaron sus trinos

que conteste el sastre Gutiérrez
 el que leía **Amauta**

que conteste Epifanía Suaña
 la que nos regaló ternura.

PECOSANI

Compuerta de Pecosani
 tú sabes
 que los hombres que salimos
 volvemos siempre
 en busca
 de lo que somos
 viajeros constantes.
 en la quietud de los pueblos
 se sacude

el Titicaca
 en el silencio de los peces
 que no vuelven

Compuerta
 sólo tú sabes la palabra viva
 el signo grabado
 en el corazón de la piedra.

MOHO

Bajar
 entre el estruendo de caracoles
 entrar a Chiasi
 en tiempo de sembrío

en nuestros viajes a Moho
 las hojas se arrojaban
 al encuentro

otoño
 oh ciudad jardín
 escapar
 cruzar una cumbre
 llegar a un río inclinado

oh asombro de piedras deslizadas
 en el agua
 me reconozco
 en la piedra más pequeña
 danza de balsas la vida estremece.

FUE EN TITILI MADRE

Mi madre
 asomaba a mis hermanas
 por los caminos de la poesía

un ángulo inadvertido
 ocultaba mi infancia
 observaba su voz de trigo
 el movimiento de la tarde
 adormecida

en la encendida retama.
 bajo las hojas muertas del estío
 no basta el presente
 son las escuelas rurales
 de Sollata - Tacamani

fue en Titili
 donde construí mi escalera de sueños

mi madre enseñándome
 las primeras letras
 compañeros quechuas y aymaras
 disputándose la pelota de trapo
 en la orilla del río

blanca paloma del alba nuestra
 escuela
 queriendo ser como ella
 recogí sus cándidos ensueños
 ocultando el poema en mis entrañas
 despeiné las hojas de sus árboles
 abrí mi camino
 paloma herida.



En marzo madura la vida / RAFAEL GUTARRA

Cuando estás madurando sientes como fuego de tus adentros que hincha tu pecho, tus brazos, tus piernas, hasta sube derecho a tu cabeza y luego, como sudor, baja a tu frente. Calorcito sientes en tus mejillas. En medio de tus piernas también sientes fastidio. El sueño no llega porque estás pensando en eso nomás. Ya imaginando a la Teodora, a la Felisa, a la Agustina, correteando en el río, lavando la ropa, después bañándose calatitas, revolcándose como chanchos en el agua cristalina del Opamayu. Y yo viendo, acercándome disimuladamente, haciéndome que espantaba a las vacas dañeras. Se quedaban dentro del río, allí en la hondonada, se arrodillaban para no verlas enteritas. Con sus cabezas mojadas al aire y gritando: ¡Asuway, majta mañus! y yo me iba despacito, sonriendo para mí solito. ¡Añalau pasña, ah!, pensando. Después recordaba el toro muro que sigueteaba a las vacas dispuestas y cuando no había esas vacas a cualquier vaca quería montarlo. El burro jichur también un degrañado era, cuando pasaban burras por el pasto su vara lo hacía crecer y lo columpiaba entre sus piernas. ¡Ja, jay!, hasta risa me daba todo lo que mi cabeza imaginaba. Después sueñito tranquilito agarraba envolviéndome en los pellejos y pullos y me quedaba bien dormido en el Cahuito.

Parecía un ratito nomás porque llegaba la luz en cantidades cuando mi mamá abría la puerta y se dirigía a la cocina para prender la tullpa. Mi taita tomaba el azadón y el pico. Y gritaba:

-¡A ver ese Raulcha! ¡Vamo a ir a Majasja!

Y ya imaginando el camino y la altura lejisima, me daba flojera. Pero qué iba hacer. Me levantaba nomás.

Durante el desayuno mis taitas han conversado despacito entre ellos: el Raulcha ya está bueno para que dentre al trabajo fuerte. A la chajma ya debe ir. Para eso lo estoy llevando a la altura, mujer.

¡Caracho!, digo para mi, de verdad era eso. Sentía ganas de agarrar cualquier cosita y probar mis fuerzas. Por el camino iba quebrando culantrillos y rompiendo la rama de las guindas, por gusto nomás. En eso veo que el maizal verde,



frondoso, se movía lentamente. La mujer también, seguro, primero es como choclo, cañita verde, dulce cabellos suavitos. Da ganas de chupar todo su jugo, pero después pasa nomá como aguita rica, sin llenar ni calmar hambre. ¿Así será?, digo yo ¿pero qué sabía yo de esas cosas? Me imaginaba que era así...

-¡Pucha mierda! -digo en voz alta, quebran- do un choclo que estaba a la orilla del camino.

Mi taita volteó, me miró sonriendo y amargo.

-¡Chiuche cojudo, caña todavía está verde! ¡No rompas por gusto!

Yo le sonreí, como quien dice: «Ya taita. Así será pue». Seguimos caminando, pico sobre el hombre y azadón en la mano. Yo despojando la cañita. Lo probé: su jugo no tenía gusto, desabrido estaba, su chochito parhua lo aventé a un costado.

En la altura la gente empezó a llegar, taita Demetrio con su hijo Poly, el Vicente, el loco Antuco, el opa Guillermo y el Waso. También había venido el taita Andrés con su esposa y su hija, la Agustina. Para mi eso era como una prueba, para que me vea ella nomás trabajaba como un hombre maduro. Haciendo bromas el Vicente le decía a mi taita:

-¿Majtazo, ah? ¡Bueno para el barbecho! Y todos los demás se reñan.

-¡Cuidao nomás taitico, que el toro maltón todavía no abra el corral!

Yo no le daba importancia, en cambio yo veía que la Agustina se sonrojaba.

Así, trabajando por aquí y por allá, en la altura y en la pampa, las vacaciones estaban pasando rapidito. Ya se acercaba abril, caía poca lluvia ya, el sol alumbraba con ganas en las chacras y los pajaritos cantaban alegres. Así, en ese tiempo, empecé a sentir por la Agustina lo que no había sentido cuando estudiábamos en la escuelita. Por verla nomás iba a su casa, por cualquier encarguito de mi taita para ellos.

A mediados de marzo, cuando ya había choclos maduros en las chacras, los perros hacían daño y los rateros también. Mis taitas me mandaron a cuidar el maizal. Silbando huaynitos, con mi honda tirando a los pajaritos, cuidaba con mucho empeño. En uno de esos días te vi, Agustina, subida en el árbol, comiendo guindas como chihuaco, estabas que saltabas de rama en rama. Me acerqué al pie del guindal y, sin querer, levantando la mirada, tus piernas llenitas y tu pollerita he visto.

-¿Rico seguro está guinda? -te pregunté haciéndome el Tiburcio.

-¡Mi has hecho asustar, Raúl! -me contestaste como si nada.

Entonces, ya con más confianza, te dije:

-Voy a subir yo tamb'én.

-Sube nomá, Raulcha...

Arriba del árbol, conversando largo rato hemos estado riendo. Tarde ya, cuando el sol se iba tras los cerros, yo te ayudé a bajar. Calientito estaba tu mano. Sin querer (mejor dicho a propósito), cuando tú ya estabas abajo, me hice que caía del árbol, justo en tu encima. ¡Pucha que te molestaste un poquito» pero ahí mismito volvió tu sonrisa. Tú ya querías irte, cuando te dije:

-Vamos a jugar un ratito a las escondidas. - Y señalando el maizal: -Allí adentro...

-¡Nu, mis taitas se pueden molestar!

En eso te quité tu lliclla colorada y me corrí dentro de los surcos de choclos. Y tú, como esperando eso nomás, me sigueteaste jajayllándote. Risas, gritos juguetones, después no sé cómo tumbada sobre la yerba estabas, yo a tu lado, sin decir nada, viéndote con mis ojos de carnero degollado. ¡Caracho, no pensaba que así había sido!, te arreglaste tus polleritas y como si no hubiera pasado nada, nos despedimos.

Después de ese día, nuestro sitio preferido era el maizal y los árboles de guindas. Agustina, parecías palomita cuculí a mi lado. Volabas del árbol al maizal, y ahí yo, esperándote.

Pero llegó abril. Y de nuevo a la escuela. Recuerdo que dos meses nomás estuvimos estudiando. Después la gente empezó a murmurar. Tus taitas primerito que todos se dieron cuenta. «Alguien te ha hecho daño, Agustina», te dijo tu taita Andrés. Y pegándote, pegándote, te ha hecho hablar.

En Junio, cuando ya se recogen en arcos los maíces y toda la chala seca y amontonada quiere volarse con el viento, ya no se podía guardar el secreto: tu barriga, Agustina, empezó a hinchar.

-¡Chiuche, maula y mierda! -me gritaba mi taita- ¡pa agarrar mujer si vales!

Y así, pasando malos ratos, ahora estamos viviendo en la casa de mis taitas. Pero yo sigo imaginando, igualando a la mujer como el maíz maduro y amarillo. Tu mano ya siente palpar algo duro cuando desgranas el maicito y avientas su coronta a un lado. El maicito si llena la barriga, calma cualquier hambre....

Bajo la sombra fiel de la palabra

/ NICOLAS MATAYOSHI

En todos estos años, hurgando información sobre la cultura japonesa, buscando haikus como los de Matsuo Basho, los estupendos dibujos de Hiroshige, la impresionante saga de Murasaki Shikibu, el cine del gran Kurosawa, etc. aprendí a apreciar la sutileza de las sombras, como menciona Junichiro Tanizaki acerca del espíritu japonés: «a nosotros nos gusta esa claridad tenue, hecha de luz exterior y de apariencia incierta, atrapada en la superficie de las paredes de color crepuscular y que conserva apenas un último resto de vida. Para nosotros esa claridad sobre una pared, o más bien esa penumbra, vale por todos los adornos del mundo y su visión no nos cansa jamás.» Tal vez, por eso, encontramos esos tonos brumosos en la pintura de Tilsa Tsuchiya o de Venancio Shinki. Tonos lilas, encarnados, veladuras sugerentes, que enmarcan el reino de los paisajes intuidos. Acostumbrados a la suave penumbra de una habitación, dan la sensación de equilibrio apacible, y entre las sombras, uno intuye presencias, volúmenes, son los fulgores fugaces y perezosos que emergen de la turbia naturaleza del jade. El poeta Rafael Yamasato, en su único libro «Estambre» resalta los tonos de su palabra altamente sensible, el escribe:

... a la sombra propicia de los árboles, te ofrezco
una vez más mi pequeña hacienda...

...y me convierto cada tarde
cada noche
en el estambre más rojo de la tierra...
Ha de estallar el sol en nuestras manos, decías
como ahora en silencio le repito
a quien en verdad no me deja
ver el bosque, la luz, tu sombra...

En «El Huso de la Palabra» de José Watanabe encontramos versos que tienen el mismo tono:

Soy de repeticiones, como todos. Entonces puedo suponer que
si hubo niebla
le dije: botes en la bruma pueden ser sólo reflejos,
espejismos,
y le mencioné el antiguo haiku de Harumi:
«Entre la niebla
toco el esfumado bote.
Luego me embarco».

Si hubo sol
le tomé fotografías con el hueco de la mano...

(p 15)

En la cima del risco
retozan el cabrío y su cabra.
Abajo, el abismo.(21)

Mi ángel es de usos nocturnos, presiento
sus ojillos, su pequeña figura engordando
entre los residuos,
me despierta
sólo con el peso de su presencia, sin pala bras,
sin trompetas...

Nunca lo he visto, no conozco sus ojos,
no está entre la castiza colección de ángeles de
Alberti,

sólo encuentro su inefable pestilencia cuando
quiero asesinarlo
y sólo sus chillidos huyendo... (45)

Refulge otra vez el sol sobre el río,
siéntate en la hierba con espíritu tranquilo
y mira a los muchachos bañarse y reír.
Acepta estrictamente esta visión.(47)

En «Historia Natural» leemos versos como éste:

«La prodigiosa lagartija corre
y ya no la veo más.

...
Oculta entre el color del médano, imperturbable,
me observa ...
Queda un trecho de la vía desdibujada por la herumbre,
un durmiente se quiebra como una hojarrasca,
y ninguna sombra: el desierto calcinó los ficus
y sembró
sus propias plantas de largas espinas que se ensañan
en el esqueleto de una cabra. (11)

El viejo talador de espinos para carbón de palo
cuelga en el dintel de su cabaña
una obstinada lámpara de querosene, y sobre la arena
se extiende un semicírculo de luz hospitalaria.
Este es nuestro pequeño espacio de confianza.(13)
El ciervo es mi sueño más recurrente.
Siendo animal de manada apareé mirándome con
alzada

y orgullo
de hombre solo. (25)

Junichiro Tanizaki explica: «...creo que lo bello no es una sustancia en sí sino tan sólo un dibujo de sombras, un juego de claroscuros producidos por la yuxtaposición de diferentes sustancias. Una piedra fosforescente, colocada en la oscuridad, emite una radiación; expuesta a plena luz pierde toda su fascinación de joya preciosa. Del mismo modo la belleza pierde su existencia si se le suprimen los efectos de la sombra.» Este sentimiento de sombras, también es compartido por escritores de ancestros okinawenses como Augusto Higa, cuando escribe en «Final del Porvenir»:

«Nosotros vivíamos en esos edificios multifamiliares, y recuerdo su aspecto de madrigueras, aquellas oscuras galerías, los rústicos balcones, los tenebrosos pasadizos, y los cientos de ventanucos alrededor de las paredes...»(p 7) «...y sin embargo, en su interior todavía permanecía la fosforescencia de las mesas, las voces incesantes de la penumbra, el rosado hiriente de las paredes...»(p 15) En «La Casa de Alba Celeste», Higa vuelve a tomar el principio de los claroscuros para narrarnos, como en una bruma de sugerencias intuitivas: «Al margen de las callejuelas oscuras del Rimac, por encima del estruendo de los callejones y la gente presurosa, Matute recorría absorto su deslumbrante paisaje de la conciencia...»(p 9) En el relato «La Boba» escribe «Pero una tarde inimaginable de abril, llegó al callejón vestido de riguroso blanco... La gente lo miró asombrada, los niños le rodearon...»(p. 27)

Otro escritor peruano con raíces okinawenses, Toshihiko Arakaki en su relato «Yo», describe lo siguiente: «Estoy atada. Es de noche. Tengo miedo a la oscuridad. Mamá me amarraba las manos y los pies, para no estarle pateando y puñeteando a los sueños malos que me vienen en la oscuridad de la noche...» En su relato «La Fuerza de los días», Arakaki escribe: «Notó que los pequeños focos amarillentos instalados en las esquinas apenas alumbraban las calles, pero logró ver algunas mujeres que salían...», «Igual que en otros tiempos, oía decir, se llenan las prisiones, y las bocas de los ancianos se movían lentamente, dejando aflorar, no palabras, sino imágenes vivas alumbradas con velitas en cuartos oscuros o entre los espesos cañaverales...» Asimismo, en su libro de relatos «Cuentos de Años viejos», vemos desfilar múltiples cuadros que desdibujan la noche buena y la noche de fin de año con las tragedias sociales del Perú de los setenta. «Los años nuevos van pasando como los viejos años de siempre.» explica, denotando claroscuros sociales, «... todos caminan con unas blancas cartulinas, donde las letras pintadas con el color de las esperanzas reclaman: «¡Señor presidente, quiero pan, tengo hambre!»

Aunque sólo cuento con un pequeño manojito de preciosos poemas de Doris Moromisato, descubro el mismo aliento japonés y okinawense en su poesía:

En noches de lluvia como ésta
él se sentaba en el umbral.
Y nos mentía. (del poema «Mi Padre»)

La noche dentro de mi casa era menos mágica
afuera era enorme
y más blanca...

...
Bajo este cielo
mi padre llenaba la noche de canciones antiguas
mi madre remendaba la vieja colcha sobre la cama
y yo, echada,
presentía...
(Del poema «Chanbalá era un camino»)

...añoro a mi madre en esa misma espera
debajo de la luna y el sol
buscando el agua mansa y remota
oscuridad salvaje
en la cual vi mi primera luz.
(de «Todas las ballenas van al sur»)

En invierno unía los trapitos con un hilo
observando al viento llevarse las hojas de mi patio
detrás de la ventana
mientras la garúa caía fina
a sus puies
de reina vencida;
... (De «Madre no canta mas»)

En todos los escritores peruanos mencionados, encontramos un mismo hilo conductor, aparte del origen de los ancestros: una especial preocupación por el equilibrio de los claroscuros, como el principio del tao, cuyo movimiento explica la esencia del mundo.

Pero además, como notara con mucha precisión el inglés Donald Keene, refiriéndose al Haiku, «Las frases japonesas son propensas a ir dejando tras de sí una cola de tenue humo...»(p18) más adelante explica: «En la literatura japonesa se tiene tan en cuenta lo tácito como lo expreso, de igual manera que en la pintura de aquel país a los espacios vacíos se les hace que tengan un poder evocador tan grande como el de las montañas y pinos cuidadosamente delineados.»

¿Y qué de lo que escribo, en todo esto? Permítanme la presunción de incluirme. He seleccionado algunos poemas publicados con anterioridad, en los que creo que se refleja ese claroscuro del espíritu japonés, desde la perspectiva okinawense, herencia cultural amantada desde mi primera infancia:

La noche larga sin tu imagen
continúa palpitante entre las ramas
de conocidos eucaliptos sensitivos.
(De «Te Amo»)

Te amo amor,
como el verde de la yerba
al sol y la lluvia.

(De «Te Amo»)

Nuestra es
la imagen
del manantial diáfano cristal
ajeno el brillo lunar
del agua mansa.

(De «Te Amo»)

Honda sombra
quebrada sequedad
geografía
para transitar
sembrando primaveras.

(De «Te Amo»)

«Río abajo
el velo cristalino
persigue
el encuentro de los mares.»

Poemas aún inéditos:

Advierto un tiempo
de escasa luz y tempestades,
anduve tantos caminos
para saber
que pronto el amanecer
iluminará nuestras sonrisas.

...con el agua que desciende cantarina
entre pedregales que centellean
bajo la fronda de los molles...

De los ignotos mundos sin luna
brotaron los espíritus sagrados de la tierra...
Pero no haremos de nuestros cantos
olor de zorrinos en la noche
ni zumbido de mosca verde
ni vuelo de ave agorera...

Los dioses
indolentes
miraron
sus ofrendas de luz de cirios
humo de incienso
y sus miradas extraviadas
brillaron en el filo de la navaja
de afeitar mañanas...

Cerrando el círculo, haciendo un paralelo entre Okinawa y el Perú, puedo atreverme a señalar que el desarrollo de la «cultura oficial», tanto en Japón y Perú, pasan por la subordinación de los productores culturales a los valores y esquemas centralistas; ahogando el desarrollo de culturas de pueblos subordinados pero que tienen una identidad cultural propia. Poetas como el Cholo Luis Nieto, Andrés Alencastre, Omar Aramayo, José Luis Ayala, y otros provincianos son proclives a no ser tomados en cuenta debido al hegemonismo del centralismo cultural. Así como en el Japón se desconoce la literatura y cultura de los okinawenes o los aino, también aquí desconocemos la poesía provinciana o la quechua o la aymara. ¿Qué posibilidades de hacer trascender esa poesía existen? A menos que los poetas se integren física y espiritualmente al «centro cultural del Perú» que es Lima, o a los «centros de la cultura occidental», que se encuentran en Europa o los Estados Unidos.

Para cerrar este periplo, resumo la esencia de lo expuesto, con un poema final, de homenaje a mi padre, que retoma las motivaciones expresadas al principio de mi exposición:

Mi padre
sumerge
su prisión de nostalgias

Mi padre
camina
bajo la lluvia

Tras él
sus afables fantasmas
cada risa

cada suspiro
cada llanto

cada uno de sus ayeres
de zapatos gastados.

Mi padre transita
mis agradecidas memorias
mano tibia
mesa servida
viejas ausencias.

Mi padre
que vive
su voz interior
navega en mí.

Homenaje

Poesía / BERTOLT BRECHT (1898 - 1956)

POR LA VIDA CARA

Todos contra todos
Por el mantenimiento del caos en nuestras
ciudades

Por que la edad de oro continúe.

Por la propiedad
Por la explotación de los demás
Por una participación equitativa de los bienes
celestiales

Por una participación injusta de los bienes
terrenales.

Por el amor
Por la venalidad del amor
Por el desorden natural de las cosas
Por que la edad de oro continúe.

No tenemos necesidad del huracán
No tenemos necesidad del tifón
Lo que ellos hacen de pavoroso
Nosotros mismos lo podemos hacer.

Por la libertad de la gente rica
Por la valentía contra los humildes
Por la gloria de los asesinos
Por la grandeza del fango
Por la eterna vulgaridad
Por que la edad de oro continúe.

CORO

Limpia bien tus vestidos;
límpialos bien con el cepillo.
¿Los has cepillado bien?
No serán siempre más que andrajos.

Cocina con gran cuidado;
abruma a tu fogón.
Si no tienes dinero.
La sopa no será más que agua.

Economízalo todo,
calcula centavo por centavo,
cuenta bien tus monedas, deslómate, trabaja;
si no tienes dinero,
nunca harás nada que te valga.

Por mucho que te esfuerces,
nada será suficiente.
¿Dices que esto va mal y que ya no puedes más?
Pero esto no puede sino empeorar.
¿Dices que no se puede continuar así?
Entonces, busca la salida.

La paloma a sus pichones
no puede dar el pico
cuando arrecia la tempestad y sopla la nieve.
Ella se desespera y no ve la salida.
Tú no ves la salida
y te desesperas.

Por mucho que te esfuerces,
nada será suficiente.
¿Dices que esto va mal y que ya no puedes más?
Pero esto no puede sino empeorar.
¿Dices que esto no puede continuar así?
Entonces busca la salida.

Vuestra fatiga es agotadora, trabajáis en vano
por reemplazar lo irremplazable
y recobrar lo irrecobrabable.
Cuando faltan los centavos, es inútil el esfuerzo.
Acerca de la carne que falta en la cocina,
fuera de la cocina hay que decidir.

Por mucho que os esforcéis
nada será suficiente.
¿No decís vosotros; esto va mal y no podemos
más?

Esto no puede sino empeorar.
¿Decís que no se puede continuar así?
Entonces, buscadle la salida.

CORO

Hoy la injusticia adelanta con paso seguro.
 Los apresores se organizan para diez mil años.
 La violencia afirma: Tal como es, así quedará.
 Ninguna voz se escucha si no es la voz del
 amo.

Y en los mercados la explotación dice en alta
 voz:

no hago más que comenzar.
 Y entre los oprimidos muchos dicen hoy:
 lo que queremos no empezará nunca.

Si todavía estás con vida, no digas: ¡Nunca!
 Lo seguro no es seguro.

Tal como es, no quedará.
 Si los amos han hablado
 los que son dominados, hablarán.
 ¿Quién se atreve a decir: Nunca?
 ¿De quién depende que la opresión subsista?


De nosotros.

Si estás perdido, ¡combate!
 A aquel que toma conciencia de su situación,
 ¿cómo se le puede contener?
 Porque los vencidos de hoy serán los
 vencedores de mañana.
 ¡Y de un Nunca haremos un Hoy!



La inopia de facundo rahez

/ ABEL A. MONTES DE OCA P.

 No sé qué me ocurrió, pero un día decidí seguir sus pasos, sin que se dé cuenta ni lo presienta. Tuve que internarme en ese mundo o submundo, para ver de cerca todos sus movimientos, lo que hacía diariamente y a dónde se dirigía. Me interesaba el personaje por una sola razón: su elocuencia.

Diariamente recorría un largo y tedioso camino, al menos para mí. En su recorrido el polvo se levanta, forma remolinos y se ve a dónde va, mientras sigue su marcha interminable acompañado de ladridos lejanos. Camina normal en medio de la polvadera y contra el viento que hace agitar su cabellera curtida, sus harapos y, de vez en cuando, bota una caja de cartón que lleva como sombrero, que él recoge una y otra vez; el viento lo arrastra y él, intenta atajarlo, se coloca y lo protege con la mano, le atrasa un poco, reniega haciendo ademán, pero aún así, sigue su senda, no se detiene, convencido que tiene una meta donde llegar. Camina de día y de noche, a cualquier hora. Es parte de su rutina diaria subir y bajar cerros. Era su diario afán de ir y venir. Era su refugio. Nada lo perturba, salvo las moscas que pululan por todas partes. Comparte su vida con otras personas que pernoctan en el basural. No sale del lugar. Es muy elocuente, nunca deja de monologar. Su voz clara y facunda se oye a distancia y se pierde acompañada de ecos que resuenan por los cerros adyacentes.

Estaba a cuatro horas de caminata de la ciudad. Me iba acercando, sentía olores fétidos que el viento expandía a distancia y con el calor era más insoportable. Fui hasta en cinco oportunidades, y eso me bastó para conocer bien el lugar, sus movimientos y, sobre todo, para saber más acerca de él.

A kimberly, que cuando nació, nunca imaginé que fuera tan inquieta, y... muy traviesa

El lugar había sido anteriormente una laguna hermosa. Un lugar turístico. Era el espejo de la ciudad que daba colorido y alegría, sus aguas contenían peces, ranas, patos silvestres y una variedad de aves que se deslizaban por el aire haciendo acrobacia y maniobras en vuelo sin igual. El contorno estaba rodeado de una cadena de cerros adornados de quishuares, eucaliptos, quinales, alisos y otras plantas silvestres; retamas y tumbos, entre los cuales, los pajarillos trinaban alegremente. Todo tenía un colorido edénico. Los fines de semana, familias enteras se trasladaban hasta el lugar para divertirse.

Un riachuelo que nacía en las alturas formaba pequeños valles; sus aguas cristalinas y transparentes hacían relucir las piedrecillas multicolores. Ahora, no queda ni sombra del río y la laguna.

Los pocos árboles que quedan en pie son testigos mudos de la destrucción. Los cerros pelados, sin vegetación, semejan castillos abandonados. No se ven las avejillas que cantan y alegran la mañana, ni flores. Ahora, sólo se escucha el zumbido de las moscas y el ruido de los camiones recolectores que diariamente arrojan la basura y se retiran. El relleno sanitario produce un fuerte hedor con el calor de medio día. Lo que fue una laguna, ahora es una mina donde hurgan hombres y animales buscando alimentos y otros objetos.

II

Aglomerados y atropellándose unos a otros como una manada de cerdos hambrientos, hombres y mujeres hurgan la mina; al igual que afanosas gallinas revolotean y escarban el suelo, unos buscando

botellas, papeles, latas y otros objetos diversos, empeñosos y desesperados, en medio del muladar.

No sólo personas menesterosas acuden o pernoctan en el lugar, sino también, insectos, roedores y animales viejos, vagabundos y enfermos echados por sus amos. También, gallinazos débiles y descoloridos que no pueden volar, que sólo saltan o se elevan un poco cuando alguien se les acerca, éstos devoran a los animales muertos y putrefactos que abundan en la mina.

Cerca a la mina, donde hay escasos árboles y troncos secos, viven algunos porqueros que no tienen quién vele por ellos, ni leyes que les protejan. Han dejado la mendicidad para hurgar en la mina donde viven. La mina es su mundo. No tienen hogar. No tienen dónde vivir, dónde comer ni dónde dormir, pero en este lugar, encuentran de todo. Tienen sus chozas hechas con palos, calaminas y plásticos; sus colchones de paja y frazadas viejas y agujereadas, recogidas, en el mismo muladar.

Muy temprano, antes que salga el sol, los recolectores y basureros se abastecen de las sobras de comida y de las frutas maldogadas o podridas que allí arrojan. Cuando vienen los visitantes, ellos descasan y comen plácidamente, bajo la sombra de los árboles o recostados sobre los troncos secos o en medio del mismo basural. Ellos se apoderan de las mejores cosas que encuentran y luego las cambian por algún alimento.

Entre ellos sobresale el demente muy locuaz. Es un pregonero que habla sin sentido, a veces canta, otras veces ríe grotescamente. El lugar da alegría y también tristeza, da aliento y congoja. Se pasea por los montículos de basura, moviendo sus brazos, bailando y brincando sobre ella. A éste lo único que le interesa es conseguir algo que comer. No pide otra cosa. No es mezquino; es la distracción de todos. A veces, corre de un lado para otro, como si la mina fuera su campo deportivo, porque hace ejercicios sobre ella.

El no se preocupa de nada. A veces danza alegremente dando saltos y volantes. Se cubre con los papeles, trapos o desperdicios y se queda profundamente dormido, dando ronquidos. A la distancia, se ve que mueve las manos en afán de espantar a las moscas que se posan en su manos y rostro.

En una oportunidad, sin darse cuenta el chofer recolector depositó la basura sobre él, mientras dormía y quedó totalmente cubierto de desechos. Los asistentes no se percataron de ello. Después, buscando algún objeto de valor, se sorprendieron al ver que se movía el montículo. Por un momento, sintieron pavor. Se apartaron un poco. Sorprendidos miraron cómo poco a poco salía una mano, luego otra, como el chapaleo de alguien que se ahoga; finalmente, apareció todo el cuerpo. Era el loco que salía de los escombros, asustado y despavorido; corrió hacia un costado de la mina. Todos se rieron.

III

La mina es grande. Ocupa un gran espacio. No es ni la sombra de lo que fue la laguna; ahora, en vez de agua, contiene inmundicia. Los recolectores de limpieza pública traen todos los días la basura y forman pequeños cerros contaminando el medio ambiente.

Nadie se queja y tampoco no hay ante quién hacerlo. No existe autoridad. No hay patronos. No hay hora de ingreso ni de salida, sólo obreros que trabajan de un modo humillante. Estos no se conocen. No saben de dónde vienen. No se hablan, ni les importa lo que ocurre en el mundo exterior. No se avergüenzan de su trabajo. Son callados y afanosos en lo que buscan. Uno que otro se dedica a recolectar cartones, diarios, periódicos y revistas. Todo lo que es papelería; botellas de vidrio de licores finos y corrientes; de todo tipo, tamaño y color; ropas, zapatos, zapatillas; muebles viejos y rotos; maderas y palos para leña; vasijas de loza, porcelanas, utensilios de cocina; latas, envases de conservas, calaminas; fierros, alambres, tubos

galbanizados. Y, finalmente, están los que se dedican a recoger desperdicios de comidas o frutas para alimentar a sus cerdos.

La mina está a la vista de los recolectores que diariamente llegan hasta el lugar con sus triciclos y mantas.

Los perros más fuertes que otros se pelean por alguna presa, revolcándose sobre la basura; por eso las personas que encuentran algún objeto de valor o dinero no dicen nada. Se callan y lo guardan con sigilo porque sino ocurre lo de los perros.

Todo es silencio, sólo de vez en cuando es roto por la voz del hombre. Yo trato de escuchar su discurso:

«...está cayendo la noche sobre mi sueño pesado, siento que lo voy cargando y que mi cuerpo no lo soporta, es el peso del mundo que cae sobre mis hombros adoloridos. El sudor y la sangre fría y helada fluyen de las llagas de mi pensamiento. Miro cómo los cobardes corren, huyen como si la realidad fuera un arma letal; no se enfrentan y sólo viven por vivir o por temor. El cielo cubre a miles de almas que se cruzan afanosamente. ¿Qué buscan en este mundo? Sólo egoísmo y mezquindad. El mundo no tiene remedio y se va cayendo poco a poco en el pozo de la desesperación y yo, no podré soportarlo más...»

Es la única voz, que nadie puede silenciar, que a nadie interesa.

Los ocupantes miran temerosos de dónde proviene el discurso tan bien pronunciado, tal vez salía de entre los troncos secos, de lo alto de un árbol o del medio del muladar. Unos se ríen. Otros comentan.

-Es el loco de siempre. Cualquier día se traga una rata envenenada o vidrio molido con pan y se muere. Ese loco se cree dueño del mundo.

Unos niños más prácticos que los adultos arrear a sus cerdos hasta la mina. Se iniciaron con una pareja de marranos pequeños. Ahora tienen una gran cantidad, gordos y grandes, robustecidos en el basural. Estos niños se quedan hasta el atardecer cuando se oculta el sol en el horizonte, porque viven a poca distancia del muladar.

Al promediar el medio día, los recolectores se retiran llevando los objetos que han encontrado en el basural. Detrás de los cerros se asoman lentamente los gallinazos que descienden sigilosos con su vuelo acrobático, haciendo caminos confusos e inciertos en el cielo.

Un gallinazo. Otro gallinazo. Muchos gallinazos forman nimbos oscuros y bajan cada vez más y más cerca, arremolinados y desafiantes, con sus vuelos rasantes y miradas fijadas en el muladar.

Los niños, de prisa, echan de la mina a sus cerdos, protegiendo a los más pequeños y, en su retirada, espantan a los gallinazos con sus hondas, piedras y palos. Cuando ellos se retiran, los gallinazos aterrizan hambrientos y empiezan a revolotear devorando los animales muertos, moribundos o viejos que encuentran en el muladar. El loco también se retira asombrado, viendo la cantidad de gallinazos que bajan. Al anoecer los gallinazos alzan vuelo y emprenden su retirada llevando presas entre sus garras.

Los niños los observan y poco a poco ellos también se van alejando, arreando a sus cerdos y, de vez en cuando, viendo asombrados a los gallinazos y mientras un globo inmenso de color naranja desciende sobre la tierra y un viento frío y fuerte azota las copas de los escasos árboles.

Inquietud o necesidad/ IVONNE MONTES DE OCA



inquietud o necesidad, cualquiera de las dos, menos capricho.

Hoy quiero plasmar un escrito, quiero escribir y no tengo una idea clara para empezar. Recorro a mis sueños y encuentro un vacío.

Recordar el pasado es morir; pensar en la rutina de la vida es lo mismo de siempre, no tiene sentido. La realidad la palpamos y la vivimos a nuestro modo. Mi inquietud se va postergando y yo, resgándome envuelta en desesperación que queda en mí como una herida, como si todo lo que uno quisiera escribir ya existiera en la página de un libro o en una frase pequeña de antaño, incluso desde antes que yo existiera. Y, crece mi desaliento. ¿Qué puedo escribir, si ya todo está escrito...?

Van pasando los días y crece más esa inquietud e igual mi desesperación. Tercamente insisto en dactilografiar, letra a letra, formando línea tras línea muchas líneas. Copio todo lo que me dicta el corazón, en un día nublado, triste y opaco. El día es indeciso parece que quisiera llover o solear acompañado de un viento fresco que da alivio. Renace la esperanza en un nuevo día y hay que ponerle alegría.

No todas las personas tienen la misma inquietud que tengo, tal vez tienen otras más fuertes, más tristes y lamentables, porque tienen que luchar, contra todo, incluso contra la adversidad; contra el peor enemigo del hombre: la pobreza.

La mayoría vive en un mundo aparte, no le interesa quien será el próximo presidente o el próximo alcalde, porque sabe que quien fuere no resolverá sus problemas. Sólo creará más problemas, más impuestos y tantas otras obligaciones. No hay elección libre. El que sufraga bien y el que no, no. El voto es un derecho que también debe respetarse.

A veces me siento encarcelada en una red como un pez atrapado que sólo atina a deslizarse hasta quedar exhausto. Recién comienzo y prosigo empeñosa para ver donde me lleva este escrito que ya comencé y que va formando parte de un texto.

Todos tenemos algunas ideas sobre el acontecer, sobre lo que ya se ha leído o escuchado y eso de cualquier modo refuerza nuestro ideal. Estamos en un mundo donde no hay nada nuevo que inventar, sólo acomodarnos a la realidad y convivir con ella de acuerdo con nuestras posibilidades.

La vida es una inquietud, todos queremos conocer lo nuevo, desde que venimos al mundo hasta la muerte nos vamos con alguna inquietud que no hemos resuelto en vida y la que queda en medio camino.

Siempre queremos algo nuevo, los niños cuando se les da un juguete nuevo lo usan, juegan con él y luego, se cansan, lo dejan de lado, Y si le das el mismo juguete se aburren y lo rechazan. Perdemos lo más valioso que es saber vivir con lo que tenemos en las manos.

La vida cotidiana es una lucha por saber quien sabe más o quién tiene más. Esto, sin ir muy lejos en las fiestas patronales se trata de poner la mejor orquesta; ser bien visto, respetado, estar en los oídos de todos por lo menos ese día y luego, qué. Puede ser parte de una inquietud o de una necesidad.

Mientras unos pocos tienen la inquietud de algo superior otros se preocupan por lo que van a comer hoy, sin pensar en el mañana o en el futuro. Lo único que nos queda es saber convivir con las invenciones y que alguna vez podamos encontrar satisfecha nuestra inquietud, de niño, de estudiante y de profesional.

Poemas urbanos/ MARITA TROIANO

POESIA ES MUJER DE CUALQUIER FORMA

Fugada al mar
serena
lánguida amante escapando a los desiertos
con un sentir manso de jazmines
briosa amante la jungla cabalgando
con un amor rojo de geranios
Tenaz aventurera
Poesía es mujer promesa y canto
plegaria ardiendo nacida de tu vientre sublevado
de ése tu vientre azul sagrado y dáfono
Poesía de pie subiendo cuevas entre rieles
áspera a veces a veces con los bordes satinados
Un puñal recamado entre el calzón de seda
Ojos tristes con el mirar llorando

Y terrestres los labios
/celestes labios desvariados/
besando la hojarasca de nuestro tiempo largo
Y terrestre la boca
mordiéndolas piedras
lamiendo arenas de una playa en soledad
/perdidas las pupilas en un cristal de cuarzo/

Poesía es mujer de versos claros
azote intenso rotundo golpe fraternal abrazo
quereres de obsidiana de niña de paloma
poesía redonda de útero y de ovarios
Poesía es mujer llamando raras lunas en días
soleados
reclamando verdades a lo profundo de la tierra
ensanchada la raza
herido su clamor rodando
Poesía preñada con un saber propicio
Hembra de Adviento carnaval granito y llanto.

Poesía es mujer de cualquier forma
/en línea recta en círculos con el signo de la cruz
en ángulos/
Panelénica diosa/renovando piel en el Olimpo
primigenia guerrera de armadura feroz
empleada de oficinas obreras sudando
mujer urbana ululando el corazón
mujer creciendo en el anonimato

hermana campesina prendida del arado o del fusil
cuerpo y alma de campo
Todas haciendo cierta la existencia
en caravanas largas /a veces clandestinas/
triturando cadenas entre salvajes rosas
y el musgo milenario

Poesía es mujer de bosques tropicales
de música remota de fresca fruta y pájaros
Poesía sin zapatos
Libre dulce brutal
Poesía de vulva de clítoris
Poesía de mamas palpitando

Poesía es mujer con entrepiernas húmedas
como un inmenso mar
por el latir de indómitos deseos y el menstruo
pertinaz
con tanto fundamento
/ilusión del rojo doliente sangre de enigmas y
secretos
madrugante sentencia que entreteje fiel el verso/

Poesía es mujer de cualquier forma
Poesía es mujer en la trocha en el valle en la
vereda
Poesía es mujer porque sí. Por puro instinto
Promesa de vida por siempre renovando

TANTO AMOR

Habríamos hecho tanto amor estando juntos...

bajo la lluvia
cerca del musgo inquieto
en el baño de un cine
detrás de la oficina de correos
en el campo abrazados por hojas de naranjos
en el cuarto arrugado de un motel
en un corral de gansos

cosas soñadas repetidas
como mirar tus ojos manso jade
fundir los troncos sin piedad
colgarnos de las tiras azules
que va dejando el viento

batir las alas hacerlas transparentes de cristal
 naufragar en un lago de champaña
 vestirnos de algodón y de pecados
 volar compactos sustanciales
 Pensar en Dios obviando crucifijos

Habríamos hecho tanto amor
 Amor del bueno
 Tácito virtual importante
 Que ni sé cómo decirlo cómo pensarlo cómo sentirlo
 Sólo sé que tuyo y mío

...habría sido rotunda piel sobre tu piel
 la locura en tu carne
 la gota de candor que sorprende a tu conciencia
 un geranio dorado
 una inflamada rosa
 el cuerpo favorito de tu cuerpo
 temblor y latido
 renaciendo tendida junto a ti sonriendo

Tanto amor se habría hecho de tú haberlo querido
 Como enredar mi pelo con tu miel
 hilar la arena el mar el cielo en un ensueño
 decir más cosas verdes cosas rojas
 cansar te quiero degollando al tiempo soberano
 y darte un beso y otro y otro
 Y no sé...
 no quiero presumir pero
 te habría poseído ciento dos veces
 en un día de sol
 Habría sido tanto amor de tú haberlo querido
 que no sé cómo
 dónde qué hacer para decírtelo

LA FLACA

Hacer escarnio por dos senos que se mecen con despecho en un tórax despeñado constituye un maligno sentimiento, sin más humanidad hacia la flaca, nocturna mariposa bastante desgreñada un poco anémica cumpliendo oficios milenarios en las lides comerciales del amor
 la flaca sin nombre propio conocido, actriz vencida de mercenario sexo que apoya enrojecidos pelos sobre el viento que agita el hemisferio sur, que se ha colgado de un árbol y se hamaca en su lamento muriéndose de a pocos en un destierro voluntario/de noche y de cemento/en una calle que ha hecho suya por veredicto universal haciendo uso de su legítimo derecho ciudadano
 sin más revelaciones del altísimo funde esos se-

nos regordetes con las sombras/ globos blandos mordisqueados con tatuajes regalados por tantas bocas solas/ son masas fofas, mansas brillando de dolor entresemáforos cocinillas de gas anticuchos y autos viejos cuerpo infractor el de la flaca, muchas liendres anidadas en su historia marginal, historial nunca dicho en alta voz, extrañada extravagante en su postura se hace un moño son las dos y diez no hay nadie por allí no, no, ni un alma, ansiosa se despeina camina siempre en onda casi pierde la calma y grita para sí quién pudiera sentir un poco un poquito aunque sea, aun si muriera, ahora vigila con cuidado, se acerca un auto policial, esta nerviosa a contraluz bebe de su desdicha/perderá lo poco conseguido en un instante, se encomienda con furia a la sarita y al instante la ley se marcha sin más explicaciones/milagro de colonia/ ella se yergue secuestrada en su infortunio visión ausente de sí misma sin ese asombro regular por la semántica de sexos y va barriendo con los taquitos seis pedazos de su piel en la vereda, se aleja arrastrando su silueta subordinada al golpe por un atajo que la lleva a su huarique miserable y se persigna otra vez ante una cuna con el único de a veinte que la alumbró/ maldita noche viernes de mierda chésu madre/ y se tumba boca arriba en una cama sin mañana y se para y en penumbras cuelga del cordel la madrugada hostil y su sostén gastado teñido de semen y saliva.

MITEOLOGIA

Y dicen que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza
 /algo mezquino cojo interesado
 sin un brazo infectado de mentiras en el pecho con el síndrome de Down ajeno a la luz del sol traidor enceguecido con la conciencia sucia violento y sanguinario urdiendo mitos envidioso por cuestiones de sangre y del status con resacas en la descomposición de sus huesos entre dos coordenadas confundido alterada su brújula
 hostil con el oxígeno contraído el corazón amante ciego del dinero inspirado en maldiciones Muy lejos del amor y la piedad
 Con la ilusión estúpida de poseer un reino/

cionados y trae otros, inéditos y de reciente factura. Estos también se mueven entre el mundo rural y urbano. La fogosa imaginación del autor tiende a recrear personajes y espacios mágico-realistas, revelando su afición por el imaginario literario de García Márquez. Esto se ve en «El supay que nos ganó la alegría», en «La Shira» y en «Cara de coche». El primero -correlato de «La Shira»- gira en torno a un sátiro que aparece en el pueblo, ataviado de cachos y cola, oliendo a pólvora. Abusa de las jóvenes mujeres hasta que los vecinos lo capturan y lo emasculan en parte. El sátiro se da maña, sin embargo, para raptar a una muchacha y llevársela a la Capital, donde procrea un vástago a su semejanza. «Cara de coche» tiene la misma fuente legendaria: una mujer adúltera y su amante se transforman en cerdos y el marido en un monstruo con cachos y cola. Lo que hace Gutarra es aprovechar el elemento fantasioso del imaginario popular para recrear la realidad y enriquecerla con hechos prodigiosos.

El tema de la niñez sigue presente en «Rosita y la noche»: aquí una niña cuenta a un interlocutor mudo (que se supone es un sacerdote) el enloquecimiento de su madre. Temática y estilísticamente se asemeja al cuento «En esta casa llena de niños» de Samuel Córdich. «Sacachispas», a su vez, refiere la huida de un niño a la Capital, inducido por un amigo, ladronzuelo, astuto y valiente, que termina baleado en una de sus correrías por la ciudad. «No se por qué -se lamenta el niño- tuvimos que venir hasta este lugar donde nos joden tanto» (p. 14). «A la salida del colegio» es la historia típica de un amor escolar no correspondido, escrita en lenguaje áspero y brutal, atiborrada de giros y expresiones regionales.

La característica de los cuentos de Gutarra es que los personajes hablan por sí mismos, en primera y segunda persona gramatical, sin la intervención vicaria del autor. En esto y en el amplio uso del lenguaje oral, el escritor se sitúa claramente en la línea narrativa de Antonio Gálvez Ronceros, Gregorio Martínez, Oscar Colchado y Samuel Córdich. La peculiaridad lingüística de Gutarra consiste en transponer al plano literario el habla regional, tortuoso y difícil, del campesino andino en proceso de urbanización.

V.

A diferencia de los cuentos, de estilo casi convencional, la novela es una propuesta más creativa, ingeniosa, traviesa y espectacular. Nos remite a *La casa de cartón* y, particularmente, a *El truco de los ojos* de Laura Riesco, obra menos conocida e igualmente excéntrica y lúdica. El autor abandona el interés por los niños campesinos y aldeanos y el gusto por los mitos y leyendas para configurar un mundo de ficción, divertido y pleno de artificio. *La muchacha de la sonrisa más bella del mundo* es la historia de un novelista que intenta escribir su propia obra. A lo largo de la enmarañada e intrigante trama, asistimos al proceso mismo de elaboración de la novela, vemos coexistir personajes reales y ficticios y hablar de sí mismos, como en el *Quijote*.

El protagonista es un profesor obsesionado por la literatura, quien desaparece misteriosamente, dejando abandonados sus manuscritos. El narrador decide escribir sobre él una novela, al mismo tiempo que se dedica a reconstruir los textos que dejó. Lo cómico está en que el relato del autor se mezcla y confunde con los fragmentos de novela que compuso Javier del Río.

Javier del Río es un hombre extraño, de estirpe onettiana. A través de sus cartas y diarios, nos enteramos que se trata de un ser «solitario y melancólico... que no sabe lo que quiere». Como Linacero o Brausen, se siente descontento frente a la sociedad y el país. Es escéptico, cínico e irreverente y tiene la manía de aderezar frases, proverbios y aforismos, al estilo de Emile M. Ciorán y Julio Ramón Ribeyro. En uno de los diarios confiesa su desilusión y el fracaso de su vida. «Mi velero -dice- naufragó como el Titanic. Con la única diferencia que a nadie le importa mi historia... ¿Cómo hacerles notar que estoy a punto de ahogarme? Tal vez escribiendo sobre este océano interior que llevé dentro y me atormenta...» (pp. 101-102). Los fragmentos rescatados de la novela cuentan los episodios de su pasión borrascosa por Lilit. El autor, por su parte, agrega la complicada relación que tuvo el protagonista con Sarahí, quien terminará suicidándose.

El relato se inicia, sin anuncio previo, con el monólogo del malogrado escritor, mientras recorre la ciudad en un micro, dejando traslucir su an-

gustia existencial y la preocupación por armar su novela («Estuve escribiendo hasta tarde con el lapicero rojo en mis labios -un tic que no puedo evitar, a pesar que fumo bastante-. Quizá sería conveniente organizar un diario para l'berarme de los recuerdos» (p. 13). Tiene el argumento de la novela en ciernes, pero no sabe por dónde empezar. El narrador explica, a su vez: «Debí proceder de manera intuitiva, más que racional, para escoger el pasaje anterior que inicia este trabajo» (p. 14) y espera que el lector sepa comprenderlo si no logró ordenar bien los materiales.

A partir de este momento, se suceden, en forma indistinta y azarosa, sin secuencia ni argumento, los escritos de Javier del Río, el relato en sí mismo y las digresiones del narrador. Entre la variedad de textos figuran fragmentos de la novela inconclusa, diarios, cartas, dos cuentos poéticos, unas crónicas espeluznantes en torno a la acción anti-subversiva, poemas en español, en portugués y en quechua. Uno de éstos, de estilo vanguardista, compuesto a la manera de los *Cinco metros de poemas* de Carlos Oquendo de Amat.

Por lo demás, aparecen personajes reales y vivientes, como el propio autor, se menciona la reciente muerte del poeta talareño Rigoberto Meza, la caída de los puentes de Piura, debido a las últimas inundaciones, y hasta se habla de la carátula que llevará la novela de Javier del Río, cuando ésta se edite y no es otra que la que figura en la novela que estamos leyendo.

El relato tiene una suntuosa forma polifónica: en él se escuchan varias voces, que se diferencian solamente por la tipografía (tipos en cursiva, en mayúscula y en negrita). Trae citas de libros y autores, letras de canciones, transmisiones radiales en clave, trabalenguas y hasta un muestrario jocoso de *kitsch*: el protagonista, a manera de entretenimiento, remite al Correo del Corazón tres cartas, que vienen a ser tres versiones sobre un mismo problema -la relación pecaminosa de una dueña de pensión con uno de sus inquilinos- escritas por los respectivos actores (la dueña de la pensión, el amante y el esposo).

Proeza de acrobacia formal y de fértil imaginación, la novela hace pensar -respetando, naturalmente, las obligadas distancias jerárquicas- en

Los monederos falsos de Andre Gide, en *Rayuela* de Julio Cortázar, en ciertas novelas de la vanguardia española de los años '20 (como las de Ramón Pérez de Ayala) y de autores ingleses de fines del siglo XVIII (como Lawrence Sterne y su *Tristram Shandy*). Con esto, no queremos insinuar que la novela de Gutarra sea copia o parodia de aquellas obras famosas. Rafael Gutarra es buen lector y sabe, sin duda, inspirarse en lecturas variadas y acoger aquello que le sirve para avivar y dar rienda suelta a su personal y frondosa imaginación.

El autor aspira a una «obra abierta» -la expresión es de Umberto Eco- una obra que llegue «a la erradicación de cualquier norma que se interponga entre el mundo y el creador o entre el creador y los hombres» (p. 118). Su ideal es escribir «con todo el cuerpo y con un lenguaje completamente nuevo». Para Gutarra, la novela debe ser «como un relumbrón en la noche que nos aturde o nos fascina para siempre» (p.118). Y eso es, justamente, *La muchacha de la sonrisa más bella del mundo*.

EPICA, HUMOR Y FANTASIA EN *FUEGO Y OCASO* DE JULIAN PEREZ

El escritor Julián Pérez (Ayacucho, 1954) acaba de publicar una atractiva novela: *Fuego y Ocaso* (1998). Antes, el mismo autor había dado a conocer dos libros de cuentos: *Transeuntes* (1984; seg. ed., 1990) y *Tikanka* (1989). En 1995 fue finalista del concurso de narrativa que auspicia la Asociación Peruana Japonesa, por su libro *Los dominios del fuego*. Y guarda inédita, desde hace tiempo, la novela *Turbias bajan las aguas* (1989).

La presente obra viene a sumarse a una importante serie de novelas que hacen de la vida y la historia del país el eje de la ficción narrativa, desde una perspectiva de conjunto y en robusto estilo épico. A ella pertenecen *La violencia del tiempo* (1991) de Miguel Gutiérrez, *El hombre de la gabardina* (1996) de Marcos Yauri Montero, *Pálido pero sereno* (1998) de Carlos Eduardo Zavaleta y *Rosa cuchillo* (1998) de Oscar Colchado.

Fuego y ocaso ofrece una imagen literaria de la realidad social del país en los últimos años, donde confluyen la fuerza de la historia y la historia de la intimidad. El protagonista de la novela -maestro y escritor- quiere presentar un cuadro veraz de los hechos que conmueven a la sociedad, articulando para ello el relato de los grandes sucesos

con la vida secreta de los sentimientos (el tormento interior que se apodera de la conciencia de los hombres en medio de la lucha), conjugando sueños y derrotas, alegrías y sufrimientos, y alternando el vuelo épico con la emoción lírica. Por las páginas de la novela desfilan -a manera de recuerdos y evocaciones- desde pequeños detalles de la vida cotidiana en la aldea (el pastoreo, la labor agraria, el arrieraje) hasta la lucha política y el estallido de la guerra que arrastra y envuelve a unos y otros en su remolino. A la vez que valioso testimonio, es una simulada construcción narrativa, donde se confunden las fronteras de la realidad y la ficción.

La novela destaca por la amplitud de su horizonte. El autor enfoca el mundo de manera distanciada, a través de varios ángulos de visión: los reportajes imaginarios del frustrado periodista, las conversaciones entre éste y el viejo guardián del establo, la novela misma, a cuyo proceso de elaboración asistimos, y los comentarios que hacen sobre ella los propios actores. A diferencia de la novela tradicional que suele enfocar los hechos desde una perspectiva omnisciente pero unilineal y en tono dramático, el autor adopta aquí la forma polifónica y un ingenioso procedimiento de com-



posición no exento de humor. Cada sector social y cada personaje aporta un punto de vista. Además, se entremezclan sueños, pesadillas y espejismos. La vida está mostrada por todos sus lados, combinando fábula y verdad, ilusión y realidad. Por su riqueza verbal es una propuesta sumamente moderna y renovadora. Escrita con premeditado artificio, sin capítulos ni apartados, el relato se organiza en varios planos ópticos y en distintos tiempos. Aparte del valor testimonial, la obra tiene pues la gran virtud de cautivar y emblesar al lector. Con lo que se aproxima también a la escritura lúdica cortazariana, que practican igualmente otros autores jóvenes en el Perú.

El primer plano de la novela (expuesto por momentos en presente histórico) lo ocupan las andanzas del reportero en pos de información, los incidentes que le ocurren en el trayecto, el encuentro con el guardián del establo, las conversaciones que sostiene con éste y las comunicaciones telefónicas con su esposa. El segundo plano (escrito en pasado) contiene los supuestos reportajes en los que se refiere la historia de Faustino Melgar. El tercer plano (que pasa casi inadvertido para el lector, por la fuerza avasalladora de los dos primeros) corresponde al presente y tiene que ver con la peripécia personal del aspirante a escritor. Este es el plano más inmediato, en tanto que los otros se refieren a períodos anteriores y lugares alejados. Los tres planos se desarrollan en forma simultánea, interpenetrándose y confundiéndose en la escritura. Lo único que los diferencia es la tipografía.

El novelista tiende a escamotear la identidad de los personajes. El más interesante, extraño y enigmático de ellos, es el viejo guardián del establo, a quien acude el periodista en busca de información.

El cuenta la historia de Faustino Melgar y de su perro Cholo. Lo curioso es que el narrador no dice nada sobre el guardián ni éste tampoco habla sobre sí mismo. Parece un personaje accidental y secundario. Todo lo que se nos refiere es que es un hombre «prematuramente envejecido» (p. 32), muy afable y hospitalario. Y que vive acompañado de un perro llamado Rinti. En el curso del relato se deslizan detalles sueltos que harán sospechar al lector que Medina no es otro que Faustino Melgar. Hasta el final, el narrador deja sin aclarar el enigma. El verdadero protagonista de la historia sería pues el viejo guardián. El es el jefe de la Oficina de Correos y Telégrafos que abandona el pueblo arrasado de Pumarana; el que sufrió el maltrato de los soldados; el que tuvo dos hijos que se enrolaron en la guerra. La clave final lo dará el perrito Rinti, fiel acompañante de Víctor y que a la postre será también uno de los actores principales de la novela. «Si él hablara -le dice Medina al reportero- qué de cosas no le contaría... El conoce el fragor que reina en los campos de batalla» (p. 32). Como en la famosa obra de Ciro Alegria, se cuenta aquí su tierna historia: cómo llegó a la casa de Faustino, cómo creció al lado de las vacas y cómo fue uno de los actores de la guerra. De donde resulta que Rinti es Cholo, ya envejecido como su amo.

Faustino Melgar es «el testigo de excepción de la violencia» (p. 38). En su mocedad fue arriero y como tal «aprendió a conocer y valorar lo que es nuestra patria» (p. 84). Su vida es intensamente dramática, rica en sentimientos y matices psicológicos. Una vida que ilustra los cambios y transformaciones que el crisol de los combates puede producir en un ser humano. No fue, por cierto, un santo. De joven tuvo muchas mujeres y trató con rigor a sus

peones. Por eso, cuando se inicia la guerra, él se sentirá culpable y aguardará con temor la llegada de los insurrectos al pueblo («En la desesperación astringente que rasgaba sus entrañas, recordó a cada una de las mujeres en quienes procreó muchos 'hijos del viento'... Nos cuenta también que recordó subitamente los agravios que infligió a los peones que trabajaban sus chacras...», (p. 45). Los abusos que ve en el campo y el hecho de ser él mismo víctima injusta de maltratos, lo llevarán a tomar conciencia del problema y a adherirse a la causa de los rebeldes.

El escritor de la novela es el contrapartido de Faustino. En su juventud había sentido afición por el periodismo. Quería escribir sobre los acontecimientos del país. Pero el diario donde trabaja no le publica sus reportajes. Esto hace que se entregue totalmente a la docencia, sin que su vocación de escritor amaine. No obstante las vicisitudes materiales de su hogar, se dedica a escribir con gran pasión una novela. En cierto momento, pone en tela de juicio su propia vida e ironiza sobre sí mismo. La novela viene a ser pues una especie de confrontación entre lo observado y el observador. O bien, la novela del escritor que se mira escribir. Las frecuentes autoreferencias terminan por hacer de ella una novela del narrador y del proceso de la escritura.

Como se puede advertir, *Fuego y ocase* es una creación novelesca que asimila todos los avances y experimentos de la narrativa contemporánea (las técnicas de composición, el juego con el tiempo, los diversos puntos de vista, el humor, la mezcla de ficción y realidad) para mostrar el complejo rostro de la sociedad. «que nos lleva a repensar el Perú», como bien opina el poeta Washington Delgado en la presentación.

GLORIA MENDOZA BORDA, POETA DE VOZ PROPIA

"Al conocer Puno también han empezado a golpearme otras realidades"

Ana María Gazzolo

Gloria Mendoza Borda (1948) es oriunda de Juliaca¹, pero su infancia se identifica más con la ciudad de Huancané, tierra natal de Efraín Miranda (1927) —destacado autor de *Muerte cercana* (1954), *Chozo* (1978) y *Vida* (1980)— y de José Luis Ayala (1944), gestor de grandes empresas culturales, poeta notable y autor también de varios libros. A Gloria Mendoza le debemos *Los grillos tomaron tu cumbre* (1971) y *Wilayar* (1972), ambos publicados en el Cusco y, posteriormente, reunidos en *Lugares que tus ojos ignoran* (Texas, EE.UU., 1985). Después de algunos años de discreta labor creadora, ahora nos entrega un nuevo y hermoso libro: *La danza de las balsas*, que nos remite naturalmente a las balsas que surcan "sobre las espumas del Titicaca".

Gloria Mendoza ha desarrollado toda su actividad literaria e intelectual en las provincias de la sierra del Perú. Cursó estudios superiores en la Universidad San Antonio Abad del Cusco, donde da a conocer sus primeros textos poéticos. Más tarde, reside en Huamanga, como profesora de la Universidad local, junto con su esposo el escritor Juan Alberto Osorio. En la actualidad, sigue consagrada a la enseñanza en la ciudad de Arequipa. El marco geográfico y cultural en el cual ella vivió, trabajó y soñó, tiene pues mucho que ver con la temática, con el aire y la tonalidad de su producción literaria.

Susana Reisz, en *Voces sexuadas* de reciente aparición², señala, con bastante acierto que la poesía escrita por mujeres en el Perú y en Hispanoamérica, en las dos últimas décadas, se distingue ante todo por su carácter acentuadamente femenino y libertario, por los con-

flictos de pareja que exhibe, por la sexualidad como medio de auto afirmación y por la exacerbada presencia de lo erótico, signos típicos, claro es, de la sociedad moderna. La observación, con ser correcta, no es, sin embargo, del todo completa, porque no advierte que paralelamente al desarrollo de la poesía urbana, cosmopolita y moderna —que hoy está en el primer plano de la actualidad literaria— viene cultivándose otra línea— menos conocida y estudiada— de estirpe nativista, terrígena y social, como la de Gloria Mendoza, como la de Dida Aguirre en Cerro de Pasco y como la de Carolina Ocampo y María Teresa Zúñiga en Huancayo.

Gloria Mendoza Borda es coetánea de Carmen Ollé (1946), de Rosina Valcárcel (1947), de Sonia Luz Carrillo (1948), de María Emilia Cornejo (1949) y de Giovanna Pollarolo (1952) —algunas de ellas estudiadas por Susana Reisz, en el mencionado libro—, pero su poesía va totalmente por otro camino. Si bien es cierto que la autora conoce —y muy bien— las nuevas corrientes de la literatura, su espíritu, su inspiración y su lenguaje se nutren principalmente de experiencias de su niñez y de vivencias serranas y andinas. El mundo que ella recrea en sus versos es el mundo de la provincia. No es una visión opuesta sino alternativa al de la poesía cosmopolita. Desde luego, la obra de Gloria Mendoza nada tiene que ver con cierta escritura supérstite del viejo indigenismo, tan proclive todavía a la estampa costumbrista, paisajista y descriptiva. Después del estallido vanguardista de la poesía puneña de los años veinte, y, sobre todo, después de la enseñanza luminosa de Carlos Oquendo de Amat —cuya vigencia es hoy tan fuerte en Puno como en otros ámbitos— habría sido inconce-



bible que los nuevos poetas siguieran aferrados a tópicos antiguos y a modelos ya desvalorizados. Cabe recordar que Gloria Mendoza, siendo aún estudiante de secundaria, en la década del sesenta, formó parte (junto con José Luis Ayala, Omar Aramayo y Percy Zaga) del círculo Promoción Intelectual Carlos Oquendo de Amat, que editó durante algunos años la revista *Sur intenso* y que tuvo una marcada influencia en el ambiente cultural de Puno. Prueba del enorme interés que todavía suscita el autor de *Cinco metros de poemas* es el exhaustivo estudio biográfico que José Luis Ayala acaba de consagrarle.

El libro *La danza de las balsas* está conformado de tres partes que podrían constituir tres poemarios ("La danza de las balsas", "Retorno y despedida de Martina" y "Orígenes")³, pero dada la afinidad textual, toda la obra tiene una estructura unitaria. La autora canta aquí el amor a la naturaleza, la nostalgia del pueblo nativo, el recuerdo del solar paterno y la vida familiar, porque es el mundo que lleva entrañablemente dentro ("Es un retorno/ a los días de la infancia/ de los abuelos/ de los padres/ y de nosotros", p.12). En sus primeros libros, cuando las resonancias de la gesta guerrillera de Javier Heraud y de su propia obra literaria eran todavía próximas, Gloria Mendoza estaba ganada por la pasión de lo actual, por las cuestiones sociales, por la lucha política y por los sueños de un mundo mejor. El lenguaje de sus poesías era entonces áspero y crispado, con extraños neologismos y cierta violencia expresiva, y de un tono fervorosamente denunciatorio y apostólico. Después de haber poetizado temas acuciantes de la época (como en su homenaje al escritor René Ramírez Lévano o en el "Elogio de un viejo ferroviario"), sin renunciar ni un ápice a la utopía, ahora vuelve sobre sus propios pasos, en un emotivo peregrinaje interior, para dar cuenta de su infancia y rehacer "los instantes idos, los caminos transitados y las voces oídas", como dice un texto de Magda

Portal. Propensión muy similar, por lo demás, a la que sienten por el mundo de la provincia escritores definitivamente ciudadanos, como Laura Riesco, Carlos E. Zavaleta, Edgardo Rivera Martínez, Tulio Mora y Samuel Córdich, quienes en sus novelas y poemas, también recogen visiones intensas de la niñez y del lar nativo. Lo que esta literatura trata de rescatar es, ciertamente, la vida comunitaria, la relación del hombre con la naturaleza, la felicidad de la inocencia y la paz y la afectividad del universo hogareño. Gloria Mendoza, de su lado, rememora, con transida nostalgia, los lugares más queridos de su infancia: Huancané, Moho, Chingani, Pecosani y su cautivante topografía (ríos, cerros y campiñas); evoca los rostros familiares de sus gentes (Mercica, Donata, Martina y Petrona) y de sus animales; y revive la alegría exultante de los carnavales ("Huancané/ donde imaginé/ el más bello de todos los sueños/ la más amada de todas las palabras", p.56). Recrea las emociones de su infancia en la aldea y las proyecta, en forma idealizada, con la misma ternura y el amor entrañables que Valdelomar, Vallejo y Arguedas ponen en sus respectivos versos y relatos.

En la obra de Gloria Mendoza será difícil encontrar ninguno de los temas que más obsesionan hoy a las escritoras de la gran urbe: "Las glorias y miserias del cuerpo, la belleza física y su deterioro, los fantasmas del envejecimiento, la afirmación del puro goce sexual, las conflictivas relaciones entre el poder corporal y la satisfacción afectiva"⁴. Lo que sí distingue a su poesía es el punto de vista evocativo, la escritura privada, el tono intimista, confesional y nostálgico. Su canto es tierno y delicado, de insigne gravedad y dulzura, exento de asperezas y amarguras. En su poesía las cosas están vistas desde la distancia del tiempo y la geografía, en una suerte de autobiografismo, filtrado por la memoria y la añoranza. Léase esta imagen retrospectiva:

*Una muchacha de ojos capulí
nos mira de soslayo
cruza la plaza
me impacienta
vuelvo los ojos
a los años de mi primera infancia
("Colegiala")*

Como se ve en este poema, los textos son ahora más breves, más concisos y ceñidos, de acuerdo con la tesitura lírica; el lenguaje también es notoriamente limpio y diáfano, sin adjetivaciones ni artificios formales innecesarios, haciendo descansar a veces todo el verso solamente en la fuerza de los sustantivos ("tan brisa/ y tan paloma/ la casa"). En suma, se trata de una poesía que revela algo que es muy difícil de alcanzar en arte: la sencillez y la simplicidad. Por momentos, suele recurrir a los vocablos quechuas y aymaras ("chilliwá", "imilla", "sancayo", jallpahuayco", "eqeko", "chihuancos", "achachillas", "wala-wala"), pero no con ánimo vernacular o decorativo, sino porque es parte intransferible de su mundo y su cultura. Para elaborar este discurso poético, ella sabe extraer indudablemente las esencias más puras de sus recuerdos y emociones. Con una voz lírica propia, Gloria Mendoza aporta, así, a la poesía peruana el sentimiento de la comunidad y de lo nativo, una imagen distinta del país, que la gran mayoría ignora, como asevera Ana María Gazzolo⁵.

³ Roland Forgues - Marco Martos (*La escritura, un acto de amor*, Ediciones del Tignahus, Grenoble, 1989, p.18), erróneamente, consideran a la autora como nacida en el Cusco.

⁴ Susana Reisz, *Voces sexuadas. Género y poesía en Hispanoamérica*, Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, Ediciones de la Universidad de Lleida, 1996.

⁵ La revista *Cascadas* (Huancayo, núm. 2, jun., 1996) publicó un adelanto de este libro.

⁶ Susana Reisz, *op. cit.*, p. 13.

⁷ Cf. Roland Forgues, *Palabra viva*, T. IV. Las poetas se desnudan, Editorial El Quijote, Lima, 1991.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Porfirio Meneses Lazón, *Achikyay willaykuna/Cuentos del amanecer*, Edición bilingüe, versión castellana del autor, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Federico Villareal, Lima, 1998

A Porfirio Meneses se le conoce por sus libros de cuentos: *Campos marchitos* (1948), *El hombrecillo oscuro y otros cuentos* (1954), *Choleras II* (1974), *Sólo un camino tiene el río* (1975) y por su libro de poesía en quechua: *Suyaypa llactan/Pais de la esperanza* (1998), entre otros más.

Ahora, nos da una grata sorpresa con sus cuentos en quechua: *Achikyay willaykuna*, libro con el cual obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional de Literatura Quechua, auspiciado por la Universidad Villareal.

El jurado, integrado entre otros por el doctor Manuel J. Baquerizo, señala que se trata de «un conjunto estructural unitario, de temática contemporánea y cotidiana, donde se demuestra un buen manejo de los recursos narrativos, especialmente en el tratamiento de los diálogos, así como una creatividad independiente de las tradiciones orales».

Demás está decir que esta obra viene a demostrar la enorme vitalidad de la literatura quechua actual.

Jerónimo Santos, *Kacharisqa pakapas/ Mutismo suelto*; Macedonio Villafán Broncano, *Apu Kolkijirka*, Edición bilingüe y versión castellana de los autores, Fondo Editorial de la Universidad Federico Villareal, Lima, 1998.

Como resultado del concurso nacional de literatura quechua, convocado por la Universidad Villareal, se hicieron conocer dos nuevos autores en esta lengua: Jerónimo Santos y Macedonio Villafán Broncano. Jerónimo Santos es el seudónimo de un poeta de Huanta. El ganó en primer premio, en el género de poesía, «por su logrado esfuerzo de plasmar un lenguaje poético en el que trasmite un mensaje filosófico y existencial que, además de los valores literarios que contiene, contribuye al desarrollo estilístico e intelectual de la lengua».

En el género narrativo, Macedonio Villafán Broncano se revela como un notable cuentista en quechua. El compartió el premio con Porfirio Meneses. La obra premiada se caracteriza «por ser un relato de vigoroso aliento épico que busca dar una visión totalizadora de la historia nacional, en una prosa poética altamente elaborada, usan-

do para plasmarla una variedad quechua desprevista de tradición escrita».

Héctor García-Blásquez Bedoya, *Poemas de otro tiempo*, Lluvia editores, Lima, 1998.

García-Blásquez formó parte de una valiosa generación de poetas y narradores -la primera de importancia- que se inició en Huamanga, a mediados de la década del '60, en torno a la revista *Masa*. A ella pertenecen Marcial Molina Ritcher, Teodosio Olarte, Antonio Sulca, Andrés Maldonado e Hildebrando Pérez.

«*Poemas de otro tiempo* - dice el autor- constituye la reunión de poemas escritos preferentemente entre los años sesentas y setentas y que fueron publicados en diferentes revistas y periódicos, especialmente en *Masa*, revista del Círculo Literario Javier Heraud (1964-1975)». Lo admirable es cómo este puñado de poemas sigue conservando su frescura, su lirismo inefable y su profundo mensaje. El libro se nutre tanto de la literatura culta (Brecht, Heraud) como de los huaynos y canciones. *Poemas de otro tiempo* - escribe Marcial Molina, en el prólogo- «simboliza el fluir y devenir de la vida intensamente vivida en todas sus fases, convocada con la lucidez de la esencia humana a la solidaridad y defensa de la dignidad y comprometida con una filosofía enternecedora del saber lo que viene».

Manuel J. Baquerizo et al., *Zavaleta, novelista y ensayista (Estudios críticos)*, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1998.

El escritor Carlos E. Zavaleta publicó este año un buen número de libros: sus *Cuentos Completos*, en dos volúmenes; las novelas *El precio de la aurora*, *Pálido pero sereno*, un nuevo libro de cuentos, *Contraste de figuras*; y otro de ensayos, *El gozo de las letras*, aparte de la reedición de *Los aprendices*, *El Cristo Villenas* y dos antologías.

La Universidad de San Marcos, le dedica un libro, donde destacados críticos literarios se ocupan, desde diversos ángulos, de su novelística. Los más valiosos trabajos son los de Luis Jaime Cisneros, Manuel J. Baquerizo (el más extenso), Washington Delgado, Ricardo González Vigil y Eduardo Hopkins Rodríguez.

Ernesto Ramos Berrospi, *Ilusiones perdidas*, Circe editores, Huancayo, 1998.

Es la primera novela que edita Ramos Berrospi, quien antes había dado a luz: *Cuentos amargos* (1990) y una

pieza de teatro: *¡Otra vez, Andrés!* (1994).

A través de varias historias paralelas, el autor aborda en esta novela el mundo convulsionado de nuestros días, haciendo uso de variados recursos narrativos, con los cuales recrea y transfigura la realidad.

Mecedonio Villafán Broncano, *Los hijos de Hilario*, Unasam-Río Santa, Huaraz, 1998.

Mecedonio Villafán -escritor oriundo de Ancash- viene trabajando calladamente relatos en castellano y en quechua. A principios de este año fue premiado en un concurso de literatura quechua; ahora nos entrega un nuevo libro de cuentos, escritos en castellano, donde explora la historia de Ancash (por ejemplo, la rebelión de Atusparia, tocada antes por Marcos Yauri Montero y Oscar Colchado). El autor recrea la lengua oral, en donde se juntan el quechua y el español. «Siendo su lenguaje de extracción oral -dice Carlos E. Zavaleta- adquiere en la literatura una gran dimensión y expresa la hondura de la sabiduría de los analfabetos (a través de pensamientos o diálogos) cosa que no suele reconocerse».

Efraín Morote Best, *El degollador. Historia de un libro desafortunado*, Sociedad Científica Andina de Folklore y Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Lima, 1998.

El libro de Efraín Morote Best, en torno al degollador y otros personajes míticos se perdió en 1952, al quebrar la editorial argentina que la iba a publicar. Poco antes de su muerte, el autor retomó el trabajo para editarlo en forma actualizada, pero desgraciadamente quedó sin concluir. El antropólogo Juan José García reúne ahora todos los materiales que quedaron del proyecto y los ofrece a los lectores interesados.

Morote Best estudia aquí los antecedentes y la función social de uno de los personajes míticos más difundidos en el Perú.

El fiel y generoso amigo Jorge Luis Roncal nos envía algunos de los libros que él edita en su conocido y prestigioso sello Arteidea. Son los siguientes:

Nelson Ricardo Ramírez, *El polen de los helicópteros*, Arteidea, editores, Lima, 1998.

El autor (Chimbote, 1968) actualmente cursa estudios de post-gradó de Literatura, en la Universidad de

Berkeley, EE.UU. Este su segundo libro de poesía, transpone su experiencia de emigrado.

Bethoven Medina, *Expediente para nuevo juicio*, Arteidea editores, Lima, 1998.

Bethoven Medina (Trujillo, 1960) es bastante conocido como poeta y promotor cultural. En este cuarto libro, se introduce en los predios de la historia. Como lo llama el propio autor: «Libro de poesía para optar el grado académico de poeta identificado con la historia».

Manuel Medina Velásquez, *Historia universal del caos*, Arteidea editores, Lima, 1998.

El autor (Trujillo, 1975) ha ganado varios premios. Escribe con regularidad en periódicos y revistas de

Trujillo. Sobre este poemario dice el poeta Luis Eduardo García: «es un libro hermético y por momentos crítico. Quizá por el tema mismo: antes de la invención y las palabras no existía nada».

Alberto Cuadros Román, *La sombra ajena*, Lluvia editores, Lima, 1998.

Alberto Cuadros es el más reciente ganador del concurso de cuentos que organiza la Asociación Peruana Japonesa. Sobre este libro, Washington Delgado escribe: «Los cuentos de Alberto Cuadros poseen un sello especial, no se parecen mucho a los que hoy se escriben en el Perú. Revelan lecturas e influencias de escritores clásicos en el género: Edgar Allan Poe, Horacio Quiroga, Borges y, tal vez, de otros escritores menos frecuentados en nuestro medio, como Dino Buzzati y Marcel Aymé». (A.M. de O. y M.B.)

(Viene de la pág. 62)

Con tácticas guerreras, la columna de hormigas se divide en grupos de combate, colocan vigías y se emboscan entre las hojas. El intruso avanza desprevenido, es sorprendido, capturado y levantado en vilo. Y ahora las hormigas lo trasladan velozmente por el tronco y lo arrojan a la hierba.

Al intruso le ha parecido un juego divertido. Y, cuando las hormigas hacen el camino de regreso en perfecta formación y con paso marcial, vuelve a trepar el árbol esperando que el juego se repita.

- ¡Increíble –exclama Araña-, nada nos da resultado!
- Tienes que devorarlo! –dice Cigarra a Canario-. No podemos tolerar más tiempo su insolencia!

Canario sonríe con arrogancia y suficiencia, y afila su pico en la corteza. Buscando a las hormigas, el intruso se aproxima mirando a todos lados. Algo inesperado interrumpe su camino, levanta la mirada sorprendida y ve que se trata de Canario, que lo contempla con desprecio.

- ¡Te han dicho que te largues y no obedeces! –le dice- ¡Si aprecias tu miserable existencia, tienes un minuto para hacerlo!

El intruso observa el pico abierto y amenazarte. «De modo que eso querían, y yo que los tomé por personas amables», se dice. Se contrae como si estuviera asustado, se aferra a una ramita y cubre su cuerpo con una sustancia vidriosa que Canario no logra romper por mucho que lo intenta.

Los propietarios del árbol rodean al intruso, burlándose de aquella demostración de cobardía. Y ven con estupor que la piel vidriosa se estira, se fragmenta y deja paso a su ocupante: ha perdido las cerdas, el mal olor, muchas de sus patas. Y, en cambio, luce antenas movilizadas y ojos luminosos y desafiantes.

Entonces, llenos de asombro y vergüenza, ven que el intruso despliega dos alas enormes, que tienen el color de la aurora, y emprende un vuelo cadencioso y elegante por encima del árbol.

NOTICIA DE LOS AUTORES

WASHINGTON DELGADO (Cuzco, 1927). Poeta destacado de la generación del cincuenta. Es autor de *Formas de la ausencia* (1955), *Para vivir mañana* (1959), *Un mundo dividido* (1970), *Reunión elegida* (1981) e *Historia de Artidorio* (1994).

MANUEL J. BAQUERIZO. Ver número anterior.

MARIA TERESA ZUÑIGA (Huancaayo, 1962). Con *Metamorfosis* acaba de ganar el Primer Premio en el XII Festival Escolar Nacional de Teatro, realizado en Lima (nov., 1998). Más información en el número anterior.

JULIAN PEREZ (Ayacucho, 1954). Publicó dos libros de cuentos: *Transeúntes* (1984) y *Tikanka* (1989). Ver nota aparte.

JERONIMO SANTOS (Huanta 1968). Con *Kacharisqa pakapas* ganó el Primer Premio de poesía, en el Concurso de Literatura Quechua, convocado por la Universidad Federico Villareal.

DIDA AGUIRRE (Pampas, Tayacaja, 1956). Publicó *Arcilla* (1989). Los poemas que aquí figuran pertenecen a *Jarawi*, próximo a ser editado.

MACEDONIO VILLAFAN BRONCANO (Tarica, Callejon de Huaylas). Recientemente dio a conocer el libro de cuentos: *Los hijos de Hilario* (1998). El relato quechua reproducido forma parte del libro *Apu kolkijirka*, con el cual ganó el Primer Premio en el Concurso de Literatura Quechua.

ZEIN ZORRILLA (Anco, Huacavelica, 1951). Publicó un libro de cuentos: *¡Oh generación!* (1988) y una novela: *Dos más por Charly* (1996). Aquí damos a conocer el primer capítulo de una novela inédita del mismo nombre que aparecerá este año.

GLORIA MENDOZA (Juliaca, 1948). Los poemas aquí publicados forman parte del libro *La danza de las balsas* que acaba de salir. Ver nota aparte.

RAFAEL GUTARRA (Huancayo, 1963). Ver nota aparte.

NICOLAS MATAYOSHI (Huancayo, 1949).

BERTOLT BRECHT (Ausburgo, Baviera, 1898-1956) es el más grande poeta y dramaturgo del siglo XX. Los poemas aquí incluidos se publican por primera vez en español, en traducción de Hernando Cortez, autor y director de teatro.


ABEL MONTES DE OCA (Huancayo). Ver número anterior.

IVONNE MONTES DE OCA (Huancayo).

MARITA TROIANO (Chincha). Publicó *Mortal impuribus* (1996) y *Poemas urbanos* (1998). Los poemas pertenecen al último libro y a *Extrasístole*, aún inédito.

LUIS URTEAGA CABRERA (Cajamarca). Autor de la novela *Los hijos del orden* (1972). Últimamente, publicó dos libros de cuentos.

El intruso / LUIS URTEAGA

 vanza entre la hierba fatigado y sudoroso, volviendo la mirada para averiguar si lo persiguen. Es la última hora del día y el paraje se está cubriendo de sombras. "Si no encuentro refugio antes que oscurezca, estoy perdido", se dice.

Un vendaval destruyó las viviendas y dispersó a los habitantes de su pueblo, y él se encontró extraviado y apenado por la suerte de los suyos. Durante horas ha venido atravesando aquel lugar desconocido, expuesto a la voracidad de los cazadores. Y ahora se aproxima la noche aumentando su angustia.

Distingue la silueta de un árbol, se consuela pensando que podrá servirle de refugio y se dirige a él, lleno de esperanza. Pero sus pasos son tan cortos que la noche, caminante de paso ligero, se apodera del camino en un santiamén.

Llega al árbol topeteando y pronuncia una exclamación de alivio. Sabe que no debe perder tiempo, que la oscuridad esconde sorpresas desagradables, que su vida corre peligro. Y comienza a trepar por el tronco, sintiendo que de las tinieblas brotan garfas y colmillos que lo acosan y atrapan.

Su esfuerzo es enorme, está sin aliento y el miedo lo agobia. Encuentra una grieta y, pensando que es un buen refugio, ingresa a ella y se duerme evocando su pérdida morada.

Lo despierta una dulce melodía, trinos, zumbidos, risas. "No he podido hallar un hogar mejor", se alegra. Abandona su refugio y el árbol se le presenta en toda su belleza: el follaje frondoso, la corteza vestida de enredaderas, ramas pobladas de flores y hojas tiernas. Está asombrado; no imaginó que existieran árboles tan hermosos. Aquel donde naciera, y que acude a su recuerdo con tristeza, no podía compararsele.

Arregla su aspecto para no causar mala impresión e inicia su exploración, masticando una hoja para aplacar su hambre. Los moradores del árbol, que se encuentran intercambiando saludos y comentarios por la belleza del día, lo descubren y le dirigen miradas de curiosidad y desconfianza.

- Quién es, alguien lo conoce? —exclama Canario.

- Yo, no —dice Araña—. Mis conocidos no tienen cerdas.

- Yo, Tampoco —dice Cigarra—. Los míos no se arrastran.

- Está devorando nuestro alimento —dice Hormiga Jefe.

- Y terminará comiéndose las flores —dice Abeja Reina—. Nuestra fábrica de miel corre peligro!

Lo observan con atención y advierten que no se parece a ninguno de ellos. Lo encuentran grosero, repugnante y ridículo, indigno de amistad y respeto, y encomiendan a Araña la tarea de expulsarlo. Esta pone en movimiento sus patas nerviosas, llega hasta el intruso y arranca de su boca la hojita que saborea.

- Este árbol tiene propietarios —le dice—. Aquí no hay sitio para ti y debes marcharte de inmediato!

El intruso parece no haber oído; además, el terrible aspecto de Araña no lo intimida. Crispa sus cerdas para protegerse de ella y, metiéndose entre sus patas, prosigue su camino. Esta queda sorprendida por su audacia y desparpajo.

- No entiende —dice a los demás propietarios. Y pide a Cigarra: Inténtalo tú, que hablas varios idiomas.

- Nada de consideraciones —exclama Cigarra—. Lo expulsaré de un modo más efectivo.

Produce un ruido estridente sobre la cabeza del intruso. Pero éste cree que se trata de un saludo y, lamentando carecer de voz para devolver la gentileza, le dedica una mirada afectuosa y reanuda su exploración.

- Lo expulsaremos nosotras! —dice Abeja Reina. Y ordena al enjambre: -Preparen los agujones!

Las abejas conforman escuadrillas de combate y sobrevuelan ruidosamente el árbol de arriba abajo en pos del intruso. Pero no logran ubicarlo en la maraña de enredaderas y retornan frustradas.

- Hace falta una verdadera ofensiva militar —exclama Hormiga Jefe. Y ordena a sus subordinadas: -Al ataque!

(Pasa a la pág. 61)